

MI HISTORIA EN SUS MANOS

María Concepción Rosales Méndez

Recuerdos sobre mi niñez

Nací el 12 de mayo de 1975 en San Pedro, Coahuila. Viví en el ejido Nueva Carolina con mis tres hermanas, mis tres hermanos y mis papás. Soy la más chica de las mujeres. Mis recuerdos empiezan cuando mi papá trabajaba en un rancho con una pequeña casa blanca donde vivíamos; también tenía una huerta y como trescientas hectáreas de algodón. Alrededor había un canal donde corría el agua de riego y una acequia donde a veces nos bañábamos todos los hermanos. Diariamente mi mamá iba al rancho a dejar a mis hermanos a la escuela, regresaba y comíamos. Después jugábamos a la comidita, o nos íbamos a la parcela a escondernos, o mis hermanos me agarraban de las manos y me enseñaban a correr.

La mayor de mis hermanas trabajaba en Torreón. Los sábados llegaba con mucho mandado o nos traía juguetes a mí y a mis hermanos, o también le traía algo a mi mamá. Un día llegó con una perrita blanca, una *french poodle* de dos meses. Todos estábamos muy contentos porque mi hermana era muy buena, convivíamos muy bien.

Mi mamá estaba afligida porque uno de mis hermanos, el mayor, se había ido a Estados Unidos desde hacía cinco años y no sabía nada de él, excepto que estaba en Florida. Mi mamá lloraba mucho por él todos los días. Le pedía a la Virgen de Guadalupe

para que regresara de donde andaba perdido, porque además andaba con los *hippies*, y ella no tenía esperanza, a menos que ocurriera un milagro.

Y sucedió que un día mis tíos, hermanos de mi mamá, llegaron a avisar que iban a Estados Unidos a buscar a mi hermano, y que regresarían hasta que lo encontraran. Pasó un año. Cierta vez vimos a lo lejos que se acercaban unos hombres. Para mi asombro, eran mis tíos. Los acompañaba un hombre delgado, con pantalones acampanados y el pelo largo. Corrí a avisarles a mis hermanos, y mi mamá salió a encontrarlos y dijo: “Ése es mi hijo Raúl”.

Entonces fue cuando conocí a mi hermano mayor. Traía costumbres muy raras, hablaba inglés, no respetaba a mis papás; a pesar de que yo era todavía muy pequeña, me daba cuenta de las cosas malas que hacía mi hermano. En una ocasión vi que se metió debajo de un puente a fumar un cigarro, y me advirtió que si le decía a mi mamá, me iba a golpear. Le tenía mucho miedo, por eso, cuando salían a algún lado, lloraba para que no me dejaran. Mis hermanas, como eran más grandes, ya podían defenderse.

Pasaron los días. Cuando regresó mi hermana, como todos los sábados, de trabajar en Torreón, llegó con la noticia de que iban a pedir su mano, pues tenía un año con su novio y decía que estaba preparada para casarse. Como mi papá era un hombre noble, que nunca podía decir no, sólo dijo: “Sí, hija, con todo gusto recibiremos a los papás de tu novio”. Y así fue, en la noche fueron a hablar de la boda de mi hermana. Yo me sentía triste y contenta a la vez, porque sabía que mi hermana ya iba a hacer su propia familia. Además, yo decía: “Vamos a ser menos en la familia”, mi papá tendría una preocupación menos. En la reunión con los papás del novio de mi hermana, se acordó que en medio año se casarían.

Mi mamá le dijo a mi papá que viajaríamos a la sierra de Peñón Blanco a pagar lo que le había prometido a la Virgen de Guadalupe. Yo estaba contenta porque sabía que me llevaría con ella, y así

fue. Estábamos preparadas para irnos. Llevábamos pollo asado, bolsa de fritos, pan para hacer lonches, fruta, y más cosas. Llegaron más personas, no nada más íbamos nosotras, iban mis padrinos de bautismo y dos señoras más que llegaron en una camioneta en la cual nos llevaron a San Pedro. De ahí fuimos a agarrar el camión para Gómez o para Torreón; de ahí subimos a un tren. Llegamos al pueblo. Todo era muy bonito. Tenía un arroyo con el agua cristalina y a los lados había árboles. Era tan hermoso que se me hacía que no era real lo que estaba viendo. Y no fue todo lo que iba a ver, porque al día siguiente nos fuimos muy temprano para la sierra; era más impresionante, con unos cerros grandísimos.

En la caravana en la que íbamos, éramos como quince personas. Para llegar hasta donde se aparece la Virgen tuvimos que pasar por un voladero. El camino era muy angosto, yo miraba para abajo, se veía oscuro, no se miraba suelo. Volteé para atrás, vi que iba un burro con carga. Yo tenía miedo, mi padrino me cargó para que no me fuera a caer. Al fin llegamos, como a las seis de la tarde. Comimos y nos fuimos a donde se miraba la Virgen. Le preguntaba a mi mamá que dónde era y ella me señalaba, pero no alcanzaba a ver porque estaba entre unas rocas. Era algo hermoso; había mucha gente que iba a verla. Parecía de día, porque había muchas linternas, lámparas; también había gente que traía binoculares. Fue entonces cuando por fin vi a la Virgen.

Vendían muchas cosas, pero yo estaba muy cansada, tenía mucho sueño y le dije a mi mamá que me cargara. Regresamos al campamento para dormir. Después de un rato desperté porque tenía mucho frío. Me metí en medio de mi mamá y de mi madrina, todos dormimos juntos porque hacía demasiado frío. Esa noche fue la única que pasamos en la sierra. En la madrugada de esa noche regresamos para Peñón Blanco, y así sucesivamente hasta el pequeño pueblo donde vivíamos. Mis hermanos y mi papá ya nos estaban esperando, pero mi hermanito más chico estaba llorando porque mi mamá no lo quiso llevar; también mi hermana la mayor,

la que se iba a casar, estaba molesta, pero mi papá los regañó y ya nadie dijo nada.

Volvieron a ser los días como los demás. Mi mamá iba a Carolina a dejar a la escuela a mis hermanos, yo esperaba a mis hermanas con ansias para jugar, pues éramos muy traviesas. Recuerdo una ocasión en que íbamos las tres, la mayor no jugaba con nosotras porque ya era una señorita, y nosotras todavía estábamos muy chicas. Fuimos al estanque que está en Carolina. Juntamos en un bote pequeño un montón de ranas porque estábamos jugando a las doctoras e íbamos a operar a las ranas; lo que les hacíamos era cortarles las ancas. A veces, jugábamos a las guerras de lodo, hacíamos bolas, las juntábamos, nos tirábamos con ellas. También jugábamos a la comidita. Juntábamos las tapas de las botellas y ésas eran las cacerolas; hacíamos sopita con las hojas de los mezquites, y las flores eran la carne. Mis hermanas me enseñaron a nadar, a montar a caballo; compartíamos muchas cosas bonitas.

Mi papá le dijo a mi mamá que nos fuéramos a vivir a Carolina, porque ya todos íbamos a ir a la escuela y era mucho problema ir y venir. Allá teníamos una casa chica, pero esa sí era de nosotros.

Mi hermana se casó y se fue con su esposo a la casa donde iban a vivir. Yo decía: “Mi hermana tan bonita y mi cuñado tan feo”, y no era porque yo lo dijera, pero uno se daba cuenta de eso, pues era chaparro, moreno y de nariz de cotorra. Mi hermana es blanca, de complexión delgada, cadera ancha, pelo lacio, ojos grandes, boca mediana, nariz chica, y con muchas cualidades, pero, en fin, como dicen, el amor es ciego. Después de que se casó, le quedaba muy retirado ir a la casa a visitarnos; ni modo, así es la vida.

En la casa no se sintió tanto vacío porque estaba cerca la casa donde vivía, y el rancho Carolina es muy pequeño, con muy poca gente, pero tiene escuela y también una iglesia. Para mí era muy bonito, además ahí tenía a toda mi familia, tíos, primos y mis dos abuelitas; no tuve la dicha de conocer a mis abuelitos. Una de mis abuelitas, mamá de mi papá, era de Salina Cruz, Oaxaca,

indígena, pero mi abuelo había nacido en Torreón y era alto, güero y de ojos verdes. Mi otra abuelita es de Esmeralda, Coahuila, y el que fue su esposo, dice mi mamá, que era de dinero, que tenían un rancho con muchas hectáreas de tierra para sembrar y vacas, chivas, tractores, carros, camionetas, sirvientes. Pero cuando murió mi abuelo, tuvieron muchos problemas y perdieron todo. A mí eso no me importa, lo que en ese momento me interesaba era que tenía a mis dos abuelitas, a las que quería mucho.

Eran diferentes, una más buena que la otra, con gustos también diferentes, pues a una le gustaban mucho las plantas y tenía muchas, desde un helecho hasta un geranio, rosales, tulipanes, teresitas, en fin. Le gustaban también los pajaritos y tenía chivos, canarios, periquitos y cardenales. Lo que más me gustaba cuando iba a su casa a verla, era que siempre me contaba historias muy bonitas y también a mis demás primos. Es algo que pocos pueden compartir, porque nuestra familia es muy humilde, pero muy compartida.

Esos días no fueron los únicos que compartimos, también íbamos al corte de frijol, al deshaje, al corte de nuez y de uva, y siempre juntos. Llegó la hora de ir a la escuela, pues cumplí seis años y estaba muy emocionada. Mis amigas Griselda, Isabel y yo estábamos sentadas esperando a que abrieran la escuela. Me di cuenta de que habían hecho planas de bolitas y palitos, y pensé en hacerlas también, aunque fuera una plana de lo mismo. En eso abrieron la escuela, y no pude hacer nada. Me quedé muy triste y me dije yo misma: “Mi maestra me va a decir que soy una niña a la que no le gusta la escuela”. Pero ya no me preocupé, pues la maestra que nos tocó era muy amable, además, bonita y paciente. Ese día tenía temor de no aprender rápido; lo que sí sabía era que quería aprender muchas cosas y no quería faltar ni un solo día a clases, porque a pesar de ser tan pequeña, sabía que era algo bueno para mí y también para mis padres.

Cada día que llegaba de la escuela, lo primero que hacía era la tarea. Después de comer, y ya que bajara el sol, me iba a jugar con

mis amigas o primas a los encantados o a los pajarillos. Siempre jugábamos a eso, pues lo que más me gustaba era correr o hacer ejercicio; nos divertíamos toda la tarde. Fueron años que compartimos alegrías y tristezas, a veces también peleábamos, teníamos diferencias y nos lastimábamos o me lastimaban. En una ocasión, dos de mis amigas me hicieron un comentario que me dolió mucho, pues era sobre mi mamá, lo que más quiero en la vida. A lo mejor tuvieron razón en lo que me dijeron, pero no tenían por qué criticar a mi madre, solamente le incumbía a mi padre, por lo que sólo lloré en silencio, no le dije a nadie. Y como no soy rencorosa y nunca lo he sido, les seguí hablando y las consideré mis amigas como siempre, y seguimos compartiendo. Una vez jugamos a la comidita. Todos llevamos algo a la casa de Chabelita: una llevó aceite; otra, harina, canela, leche, huevo, e hicimos donas. No nos quedaron muy bien, pero así nos las comimos.

Una prima me consiguió trabajo.

El lunes por la mañana nos fuimos para Torreón. En el camión íbamos mi prima, otras ocho amigas de ella y yo. Cuando íbamos llegando por un bulevar, una de las amigas de mi prima Olivia se bajó; más adelante, cuando iba a dar vuelta, mi prima pidió la parada y nos bajamos. Caminamos hacia la colonia Los Ángeles, donde estaba la casa en la que trabajaba mi prima, porque ahí quedó en recogerme la señora donde iba a trabajar.

Yo estaba con la boca abierta. Nunca en mi vida había visto tantas casas tan grandes y gente tan rica. Estaba asombradísima de las mansiones, residencias y demás. Seguimos caminando, mi prima, sus amigas y yo; conforme íbamos avanzando, las amigas se iban quedando en las casas donde trabajaban. La última era donde trabajaba mi prima. Abrió la puerta, pues la llave estaba en la maceta. Entramos a la cocina, me dio de desayunar un sándwich y un plato de Corn Flakes. Al rato llegó la señora donde iba yo a trabajar. Me presentó mi prima y la señora me preguntó cuántos años tenía y qué era de Olivia. Contesté que tenía quince años y que era mi prima.

Nos fuimos para la casa de la señora. Cuando llegamos, salieron los niños al porche a encontrar a su mamá, y me conocieron. La niña más chica, Ana Paula, me pidió los brazos y la cargué. La señora Sonia sonreía, se quedó contenta porque le caí bien a la niña y me dijo que era raro.

Triste decepción

Así pasó la semana. Luego me presentó a la otra muchacha que trabajaba ahí. Ella me enseñó lo que tenía que hacer. El sábado me pagó la señora y yo me tenía que ir a mi rancho para ver a mis papás. Cuando llegué, me preguntaron cómo me había ido. Les contesté que bien, que el trabajo era muy fácil y la señora, muy buena con nosotras. Le dije a mi mamá que ahí estaba lo que me había ganado, que a ver para qué le servía. “Vamos al mercado”, me dijo. “Vaya usted con mi hermano más chico —que se llama Rigo— porque quiero ver a mis amigas.” Me contestó que estaba bien.

Me fui a la casa de una amiga para platicar lo que había hecho en la casa donde trabajaba, pues estaba muy contenta. Ya me sentía grande porque tenía sueldo y ya podía ayudar a mis papás. En eso llegó el muchacho que me había mandado decir si quería ser su novia, pero ahora él me lo dijo enfrente de mi amiga y de sus hermanos. No sabía qué contestarle, porque me gustaba mucho, pero tenía miedo de que mis papás o que mis hermanos me regañaran. Pero también quería saber lo que era tener novio, y le dije que sí. Me contestó que en la noche nos veríamos, a las ocho, a un lado de mi casa, que al cabo ahí nadie nos iba a ver porque estaba muy oscuro. Le dije que si podía, salía, que si no, ni modo.

Y así fue. Nos vimos en la noche. Estaba muy nerviosa porque no sabía besar y, además, no les había pedido permiso a mis

papás. Sentía que estaba haciendo algo indebido, por eso sentía el estómago revuelto, con ganas de salir corriendo, pero ya estaba ahí y ni modo. Entonces él se acercó a mí dándome un beso y luego me agarró de la cintura. Me hice para atrás y no me di cuenta de que me llené de polvo. Cuando regresé a la casa, uno de mis hermanos me regañó:

—¿Dónde estabas?

—Con Kika, la vecina.

—Estabas con *el Chespirito*.

Así le decían, aunque su nombre es David Aguilar, pero el apodo era porque estaba chaparrito. A mí no me importaba, y tampoco que mi hermano me regañara, pues el mero mero, que es mi papá, no me dijo nada, y mi mamá, menos.

Ese fin de semana fue muy feliz para mí porque ya tenía mi primera ilusión. Así pasaron las semanas. Me iba a trabajar y regresaba el sábado a ver a mi familia y al novio. Así duré un año, hasta que la otra muchacha con la que trabajaba ya no fue y la señora me dijo que consiguiera a otra para que me ayudara. Le conté a mi prima Ceci, pero no le gustó, además era muy floja. Le dije a la señora que ya no iba a llevar a nadie, y me dijo que estaba bien, que nada más contrataría a una señora para que planchara. De todo lo demás me encargaría yo, pues la señora Sonia ya me sentía como de la familia. Desde que llegué, me supe ganar a sus tres hijos: Sonia María, Ricardo y Ana Paula. La más chica me decía mamá. Yo lo disfrutaba, porque también los quería mucho.

Era una familia ejemplar, y no porque tuviera dinero, porque en realidad no lo tenía, a pesar de que la señora era de una de las familias más renombradas. Sus abuelos son socios del hotel Villarreal de Torreón, y los padres son dueños de una fábrica de vitropiso. Lo que la señora decía es que habían perdido lo que tenían porque el señor Ricardo Anaya Llamas estaba en bancarrota; con decirles que la casa donde vivían era rentada y la camioneta

y el carro todavía se debían a la agencia; además tenían deudas hasta en el colegio donde estudiaban los niños. Era muy triste lo que les estaba pasando, pues, a pesar de tener esa familia, no los ayudaban, sino que los criticaban.

Cada vez que íbamos a la casa de los papás de la señora Sonia, siempre criticaban la comida que llevaba. Cada sábado la señora Aída, mamá de la señora Sonia, hacía reuniones en su gran residencia en Torreón Jardín, atrás de la Clínica 16. Las hacía para que toda la familia conviviera, pero yo miraba cómo hacían a un lado a mi patrona. A mí me dolía, porque aparte de ser buena persona, tenía una calidad de ser humano como pocos en el mundo. Además de tener esas cualidades, era una persona muy inteligente: estudió maestría en Ingeniería Computacional, tocaba el piano y había dado conciertos en Monterrey, era buena ama de casa y buena esposa, apoyaba mucho al señor Ricardo cuando no tenía trabajo, le ayudó con los gastos y para que siguiera estudiando otras cosas, como ella lo hacía. A pesar de todo lo que pasaba en la familia, ella seguía adelante.

Un día me dijo que se iban de vacaciones, que tendría que seguir yendo a trabajar para que no perdiera la semana, que me pagaría y que fuera a hacerle la limpieza general nada más una semana, pues se iba un mes a Denver, Colorado.

Pasó rápido el viaje y regresaron. Sentí alegría, pues era como si formara parte de la familia. La señora me dijo: “Conchis, te extrañaron mucho los niños, no querían comer allá y vienen muy delgados. Hasta al señor se le bajó la panza —le dio risa—, o será que extrañamos la comida”. Luego, me comentó que le habían hecho una propuesta de trabajo en Denver y que le pagarían muy bien, pero se tendrían que ir a vivir allá. Me preguntó si me iría con ellos y le contesté que sí, pero que tendría que avisarles a mis papás. “Despacio, Conchis, que todavía falta arreglar tu pasaporte y muchas cosas más. Además, no les he contestado nada, tengo dos semanas más para pensarlo”, me dijo.

El fin de semana que fui para el rancho les dije a mis papás lo que me había dicho la señora Sonia. Mi papá me contestó que si quería irme, que me apoyaba; y mi mamá me dijo: “Qué bueno que conozcas más cosas, además, sé que es una buena familia, muy honesta”.

La señora ya no quiso hacer el viaje, porque el señor Ricardo no podía viajar por su trabajo, pues acababa de entrar al Banrural.

Mi primera ilusión

Así pasaron los años, hasta que me aburrí, porque toda la semana estaba en el trabajo y yo tenía ganas de estar nuevamente con mi familia. Además ya había perdido a mi novio, porque nada más los fines de semana nos mirábamos y eso para él no bastó. Un día que hubo un aniversario en el rancho, temprano fui a comprar mi estreno al mercado de San Pedro. Donde compré una falda y una blusa conocí al muchacho que vendía la ropa, se llamaba Elio Elías Estrada Esparza y era hijo de la dueña de varios puestos de ropa. Aunque ya lo conocía, tenía tiempo que no lo veía y había cambiado totalmente, estaba muy guapo. Yo lo miraba y me reía de él, pues estaba un poco orejón, pero él sí quería algo conmigo. Me preguntó que si iban a hacer aniversario en el rancho, y que si lo podíamos invitar. Mi amiga le contestó que sí, que lo invitaba.

En la noche, ahí estaba en su carro, bien vestido, qué más podía pedir. Yo todavía andaba con David y lo quería mucho, pero me había humillado. En el día había andado paseando en el caballo a la que decía que era su novia, y los dos andaban en el baile. Él andaba muy tomado, y no supe qué pasó, pero dejó a la otra muchacha y se acercó a mí para preguntarme si estaba enojada y que si quería bailar. Le contesté que no, que no me importaba, que ya tenía novio, que estaba allí y que no me molestara. El otro muchacho oyó lo que le había dicho, se acercó y me invitó a bailar. Me

fui con él, pero mi hermano me sacó del baile para que bailara con uno de sus amigos y me molesté. Su amigo se dio cuenta y me dijo: “Si no quieres bailar, no bailamos. El muchacho que te acompaña ¿quién es?” “Es un amigo.” “Ve con él y discúlpame”, dijo.

Ya estando con Elio, me dijo que si quería ser su novia, y como estaba enojada y decepcionada, le contesté que sí. Después del aniversario, pensé que él ya no me iba a buscar, pues era un muchacho guapo, de clase media, al que no le sobraba el dinero, pero tampoco le faltaba así como a nosotros. Además, había más muchachas, ¿por qué se tenía que fijar en mí?

Pasó el tiempo y seguimos hasta que fue con mis padres para pedirles permiso para que fuéramos novios oficiales. Yo estaba feliz, porque sentía que me quería mucho. Mis amigas se morían de la envidia porque era muy atento y siempre andaba en el carro; los novios de mis amigas iban en bici a verlas. Él pensaba que nos casaríamos pronto, pero las cosas iban a cambiar en mi vida, pues una de mis hermanas estaba embarazada.

Ya le habían dado dos niñas a mi mamá, una de mi hermana Norma, y otra de Minerva, y ahora estaba otra vez embarazada. Lo bueno era que pronto tendría a su bebé; le faltaba una semana cuando llegó al rancho para aliviarse, acompañada de mi otra hermana. Después regresarían a Ciudad Acuña de nuevo. Les dije que no tenían que hacerlo, que yo podía conseguirles trabajo y así ya no estaríamos separadas. Yo, como siempre, iba y venía del trabajo.

Cuando regresé el siguiente sábado, mi hermana ya tenía a su bebé. Era un niño feo y flaco, que parecía un *alien*, pues abría la boca tan grande que daba miedo, y también era muy llorón. Los niños que habían nacido ese día estaban tranquilos, dormidos, y sus mamás descansaban. Y yo, que fui a acompañarla, daba vueltas y vueltas, pues él no dejaba de llorar.

Dieron de alta a mi hermana y nos fuimos al rancho. Ahí la atendimos. No dejaba que ella hiciera nada, pues estaba contenta,

no era mi primer sobrino, pero lo quería bastante; el que fuera hijo de mi hermana me bastaba. También iba a tener otro sobrino, de mi cuñada Sanjui, esposa de mi hermano mayor, y tenía que apoyarla; así lo hice. Fui al hospital, después la llevamos a la casa y me puse a bañar a mi sobrino. Le di de comer. Mi sobrinito era muy diferente del otro: gordo, blanco, muy bonito.

El fin de semana que pasé en el rancho fue tan atareado que se me hizo corto. Me pidió mi hermana que le consiguiera trabajo en Torreón. “Nada más que tengas la dieta, te lo consigo”, le dije. Pasó una semana y mi cuñada me llamó: “Conchis, ven para que mires algo, se me salió cuando me estaba bañando”. Se le salía una tripa. Le aconsejé que no se estirara, porque podía ser un ovario o la matriz, qué sé yo. Le dije a mi mamá y quiso verla, pero a mi cuñada le daba vergüenza con mi mamá. Se fueron al hospital; no las acompañé porque me quedé con el bebé.

El lunes me volví a ir a mi trabajo a hacer lo mismo: lavar trastes, tender camas, lavar el baño, trapear, limpiar muebles, poner la lavadora, hacer de comer, para que a la hora en que llegaran del trabajo y los niños de la escuela, todo estuviera listo para comer. Y al otro día me tenía que levantar a las siete de la mañana para vestir a los niños, darles el desayuno y mandarlos al Colegio Montessori. Todos los días eran iguales, lo único que me hacía feliz era que mi novio me quería mucho y pronto nos íbamos a casar.

Mi hermana estaba bien, y ya le había conseguido trabajo con una amiga de la señora Sonia. Me la llevé a la casa donde trabajaba, y ahí la señora la iba a recoger. Al parecer, a mi hermana le gustó el trabajo, pues la señora era muy buena gente y nada estricta. El jueves que salía con mis amigas, no salí; me fui a la casa donde trabajaba mi hermana; la señora Sonia me dio el número de teléfono y la dirección. Ahí, mi hermana ya me estaba esperando para cenar, jugar al Nintendo y a las damas chinas. Ese día no dormimos, porque platicamos toda la noche de lo que ella hacía

en Acuña, de quién era el padre de su hijo, de las maquiladoras, de cuánto pagaban y, también, que iban a pasear a la disco y a la presa de La Amistad. Me contó tantas cosas de Ciudad Acuña, que ya la quería conocer, pero no le dije nada.

En la mañana me fui a mi trabajo, hasta el sábado. Cuando andábamos en San Pedro, nos topamos con mis amigas, y fuimos a tomar una malteada. Una de ellas dijo: “Vamos a dar vueltas al mercado”. Le contesté que sí, que fuéramos todas, pero mi hermana no quiso. Me dijo que no fuera, que si me importaban más ellas que mi propia hermana. Le contesté que era más importante que mis amigas y seguimos caminando hasta el puesto de la mamá de mi novio. Llegué a saludarlos, aunque me daba vergüenza porque allí había más muchachos, creo eran los hermanos y un primo. No los conocía, hasta ese día. El primo de mi novio le gustó a mi hermana. En la noche que fue a verme mi novio, él iba. Me saludó y me dijo: “Háblale a tu hermana para que platique conmigo”. Le hablé, pero ella estaba cenando, y contestó que “ahorita salía”. Estuve con mi novio y su primo afuera de la casa. Cada vez que iba a verme, siempre me llevaba una rebanada de pastel de tres leches, y me lo estaba terminando cuando llegó mi hermana. Le presenté al primo de mi novio, que se llamaba Eliu. Creo que se gustaron, porque cuando nos dimos cuenta, ya estaban abrazados. “Qué rápidos son, tanto, que los vemos muy juntitos”, comentamos. Mi novio me dijo que si quería ir a cenar a San Pedro. Le contesté que no, porque ya había cenado, pero que el otro sábado sí, así les pedía permiso a mis papás.

—Yo no me mando sola; además, no porque seamos novios oficiales ya me voy a ir contigo a donde tú quieras, fijate que no. Respeto a mis padres, y si tú me quieres, me vas a respetar también.

—Claro que sí, te respeto. En ningún momento te he dicho que hagas algo indebido. Por lo mismo decidí hablar con tus papás para que sepan que te amo y te quiero bien. Por eso me voy a ir a Estados Unidos para juntar para casarnos, porque quiero la boda más bonita. Me quiero vestir de charro, y para ti quiero el vestido

de novia más bonito y elegante. Por eso me voy a Estados Unidos, para casarnos más pronto, ¿cómo ves? ¿Cuánto tiempo estarías dispuesta a esperarme?

—Dos meses, nada más.

No podía esperarlo más, pues ya había tenido una decepción y no quería que me pasara lo mismo que con David, mi primer novio.

—Tú no me quieres, ¿por qué no me esperas más tiempo?

—Haz lo que quieras, ya sabes lo que haces.

Me di la vuelta y me metí a mi casa. La siguiente semana no fui al rancho, nada más mandé el dinero que le daba a mi mamá. Fui hasta los quince días, porque la señora donde trabajaba había tenido un bautizo. Su hermana los había invitado y no tenían quién les cuidara a los niños. Me quedé el fin de semana cuidándolos, pero a la siguiente semana sí fui. Él ya sabía la hora en la que llegaba y me estaba esperando en la plaza, pues allí me bajaba del autobús que venía de Torreón. Iba caminando para el mercado, cuando me habló.

—¿Todavía estás enojada? No tienes por qué estar enojada conmigo.

—No estoy enojada. Si no vine la semana pasada, fue porque tuve que trabajar, pero no estoy de acuerdo en que te vayas a Estados Unidos. No me importa una boda elegante, lo que yo quiero es estar contigo, te quiero y no te quiero perder.

—No me voy a ir, no te preocupes. Veré cómo le hago para juntar para la boda ideal.

Me llevó hasta la parada de la combi para que me fuera al rancho con mis papás; en la noche iría con su primo para verme, y el primo, a mi hermana. Fueron a la casa para ver si nuestros papás nos habían dado permiso de ir a cenar a San Pedro. Nosotras estábamos listas para irnos.

Cuando llegamos a San Pedro, mi novio me preguntó qué quería cenar. Le contesté que cualquier cosa. “Hacen unos taquitos muy ricos enfrente de la gasolinera”, me dijo, y yo acepté. A mi

hermana no le gustó la idea, pero ya estábamos allí. Ella dijo: “Estos tacos no son de bistec, tienen más cebolla que carne”. Me dio pena su comentario, pero ni modo, ella era mayor que yo y no le podía decir nada.

En el camino de regreso al rancho, paró el carro en medio de la carretera para platicar.

—¿Me darías la prueba de amor?

—¿A qué te refieres?

—A hacer el amor conmigo. Si me quieres, tienes que aceptar.

—Sí quiero.

Entonces bajó una cobija de la cajuela y nos fuimos por un lado de la acequia hasta un lugar donde no se mirara nada para donde estaban mi hermana y el primo de mi novio, pero cuando iba a extender la cobija en el pasto, mi hermana llegó junto con Eliu y me dijo:

—¿Qué ibas a hacer Conchis?

No le contesté, nada más caminé avergonzada hasta el carro y con miedo de que le dijera a mi mamá. Le tenía mucho miedo a sus regaños, era muy fea, no le importaba dónde estuvieras o con quién, nada más desquitaba todo lo que traía en su interior. Cuando llegamos a la casa, no me dijo nada ni tampoco a mi mamá, pero cuando íbamos en el autobús a Torreón, me dijo:

—¿Qué quieres hacer? ¿Por qué te fuiste para allá con Elio? ¿Qué no querías casarte virgen y de blanco?

—Sí, pero lo amo; además ya nos vamos a casar, y qué más da más tarde o más temprano. Como quiera, es un hecho que voy a ser su esposa.

Pasó un mes y mi hermana me dijo que estaría padre que nos fuéramos para Acuña, allá podríamos trabajar en la maquiladora, saldríamos por la tarde y podríamos hacer ejercicio u otras cosas que en Torreón no podíamos, pues trabajábamos de día y de noche. Además, toda la semana y todos los días me decía que era mejor vivir en Acuña.

—Vámonos, manita, ya me aburrí aquí en Torreón.

—Mi papá no me va a dejar irme contigo para Acuña.

—Vámonos de aquí, al cabo, cuando se den cuenta, ya vamos a estar trabajando y les mandaremos dinero para ellos y para Raulito —su bebé.

Por desobediencia a mis padres

A mí se me hizo fácil y acepté, pero no teníamos dinero para irnos. Le dije: “Tengo una amiga en la colonia Lucio Blanco; ella nos puede ayudar”. Y fuimos a verla. Mi amiga era una señora de cincuenta y dos años que trabajaba con la señora Sonia; era chaparrita y estaba enferma, pues era alcohólica. Además, tenía cataratas y la iban a operar. Era una persona muy buena, muy honrada y luchona. Cuando llegamos, se sorprendió. Le tuve que echar mentiras para que nos ayudara. Dije que, como era lunes, ese día habíamos regresado a trabajar y, por lo tanto, no traíamos más que cien pesos, y no nos alcanzaba para llegar a Acuña. Lupita me dijo que fuera con el padre de la iglesia en la colonia. Así lo hicimos. Mi hermana y yo le preguntamos al padre que si nos podía ayudar para nuestro pasaje, porque éramos de Ciudad Acuña y habíamos ido a visitar a una tía, que no habíamos dado con ella, y que no teníamos dinero para regresarnos. El padre nos dijo que no podía ayudarnos con mucho, pero que a ver para qué nos servía.

Regresamos a la casa de Lupe para despedirme de ella y tomamos el camión para San Pedro, pues el dinero nada más alcanzaba para llegar hasta allí. Vendimos una cámara de fotografía y compramos otro boleto, nada más nos alcanzó para llegar al Mezquite. Allí nos quedamos a pedir un *rait*, pero nadie nos lo quería dar. Un señor del camión nos dijo que le pidiéramos a un trailerero que nos llevara, pero no quiso porque no quería problemas, pues nos mirábamos muy chicas y, si nos pasaba algo, lo culparían a él

si veían que nos subíamos. Me regresé con el señor del autobús. Me preguntó si nos iba a llevar, y le contesté que no. Entonces él dijo: “Yo las llevo, pero una se tiene que ir adelante, en un banco, y la otra atrás, porque hay un supervisor que sube a contar a la gente, y si te mira o mira a tu hermana, me van a suspender. Como quiera, me voy a arriesgar, pues no quiero que nada les pase”. Llegamos sin ninguna novedad, ni siquiera tenía hambre, pues ellos nos invitaron. Eran dos pilotos los que iban manejando el camión. Al final nos invitaron a cenar, pero yo no quise, quería ir a la casa de la amiga de mi hermana. Una vez ahí, me sorprendí porque eran muchos los que vivían en el lugar, pero la señora era muy buena gente. Se llama Juanita, era de la religión, y en su casa nada más vivían sus hijos, su esposo y ella.

Tenía seis hijos y nada más dos cuartos, pero ella, muy amable, nos ofreció un lugar en su casa. Ese día nos quedamos allí, pero al siguiente ella misma nos dijo que enfrente vivía un licenciado que vivía solo, un viejito de setenta y cuatro años que necesitaba a alguien que lo acompañara, que era muy respetuoso y muy buena persona, que en la colonia él ayudaba a los vagos o a cualquiera que lo necesitara, por eso doña Juani sabía que él nos podía ayudar.

Al día siguiente él nos llevó con un amigo que tenía en la fábrica Anago para que nos recomendará para un trabajo, pues no traíamos papeles de ningún tipo. Y sí nos lo dieron, y ahí nos quedamos a trabajar. Yo me sentía preocupada por mis papás, porque no les había avisado, y pensaba que pronto me iban a buscar, me iban a corregir o a lo mejor hasta a golpear. Sabía que mi papá no, pero mi madre era muy diferente en su forma de pensar y de actuar, por lo que no hallaba cómo decirle a mi hermana que me quería regresar para el rancho. Yo miraba a mi hermana y pensaba que me iba a decir: “Miedosa, no seas tonta, como quiera, ya estás aquí”.

Luego pasó algo que me disgustó. Minerva se encontró a su amiga Nora, una malandra de la colonia Porvenir, y se puso muy contenta. Se agarraron a platicar y a mí ni me peló. Entonces le dije

que yo había dejado a mis amigas por ella, y ella no. “Pues fíjate que Nora me importa más que tú que eres mi hermana”, me contestó. Me agarré llorando porque yo, por mi hermana, daría mi vida, y no creía lo que ella me estaba diciendo. Pensé: “Yo defraudé a mis papás por Minerva, y ahora ella me está decepcionando”. Decidí irme con mi hermana mayor, Martina, que también estaba allá.

Mi hermana Norma, ya estaba en Acuña también, y vivía con un muchacho, Praxedis Muñiz Segovia. Norma le había traído el niño del rancho, y me dijo que mis papás querían que me regresara.

—No tengo dinero para regresarme.

—Creo que en la Oster están ocupando, ¿cómo ves si vamos el lunes a ver si nos contratan?

Acepté. Ese día nos quedamos con ella, pero el muchacho con el que estaba había tomado y oímos que estaban peleando. Él golpeaba una cartera del baño de letrina que estaba atrás, en el corral. La suegra de mi hermana salió enojada y los insultó. Luego salió corriendo la abuelita de mi cuñado y la tía y la hermana, y empezaron a golpear a mi hermana. Fue entonces cuando corrí a donde estaba yo, para decirme que me escondiera y que me llevara a mi sobrino, porque se lo querían quitar. Agarré al niño en una cobija y salí de la casa para esconderme, pero no sabía dónde, así que caminé sin rumbo fijo. Cuando vi las torretas de una patrulla, me metí al patio de una casa. Allí había una troca con caja. Me subí a la parte de atrás hasta que se fueran las patrullas. Después salí rumbo a donde vivió antes mi hermana, pues recordé a una señora que también era mi amiga. En el camino me encontré con un amigo de mi cuñado, el mentado *Sorcho*. Él me dijo que me ayudaría y me llevó a su casa, donde vivía con su hermana. Al tocar, salió su cuñado:

—Ya se la robó con todo y cría.

—Es cuñada del Praxedis, creo que se los llevó una patrulla —le contestó sonriendo.

La hermana del muchacho me dio el pase y me dijo que me acostara en la cama con él. Yo, por supuesto, no quise quedarme allí. Le pedí que me acompañara hasta atrás de la Clínica 13, que allí me iba a quedar. Y sí, me hizo el favor y se portó muy bien, pues me llevó hasta la puerta de la casa de doña Raquel, una señora de ochenta años que vivía sola. Llegué, toqué, me abrió, pero no salió. Nada más preguntó: “¿Quién es?”, y le contesté que era Conchis y me abrió la puerta. El muchacho se regresó y me quedé ahí a dormir, aunque no pegué el ojo, pues el niño no traía pañales ni leche y tenía hambre. Le di cucharadas en la boquita para que no tuviera hambre, pues lloraba mucho. Doña Raquel me dio un pañal de adulto, se lo puse, y como a las siete de la mañana el niño se quedó dormido. Yo dormité tantito y se me cayó el bebé. Me desperté asustada, pues lloraba muy fuerte. Lo levanté, lo tapé y lo arrullé para que se volviera a dormir, pero no pudo. Le dije a la señora que si me podía dar para la combi para irme con Martina, y sí me dio.

Cuando llegué con mi hermana, le dije lo sucedido, me regañó y se fue a la Comandancia a ver qué se podía hacer por Minerva, Norma y el cuñado. Los sacó y se los llevó a su casa. Allí estaba yo. Martina habló con ellos de que les iba a dar chance para que buscaran trabajo, y cuando se acomodaran, buscaran casa. El lunes fuimos nada más los tres a la Oster, pues Minerva no quiso ir porque ya había estado en esa fábrica. Temprano hicimos la solicitud, pero a mi hermana Norma no la quisieron, por lo tanto, nada más dos íbamos a regresar en la noche a hacer la última prueba. Sí nos quedamos, y en la misma línea. Nada más se fue mi hermana para la casa y mi cuñado me quiso besar. Le dejé de hablar. Salimos al descanso y no le hablé, ni siquiera quería voltear a verlo, pues me sentía muy mal. Yo pensaba: “¿Qué hice mal para que me falte al respeto?”, en fin, qué le iba a decir a mi hermana, pues no quería lastimarla.

Así pasó el turno, salí casi corriendo a agarrar el camión, pero él me alcanzó para decirme que era mejor que nos fuéramos a

pie, que estaba cerca de allí. Como no sabía ni dónde estábamos, lo seguí sin medir las consecuencias. Me llevó hasta el monte con mentiras, me dijo que por allí era más corto el camino. Atravesamos el montecillo y, cuando estuvimos en medio, me quiso besar y yo lo empujé. Me sujetó del brazo, abrazándome muy fuerte, casi me asfixia. Empezó a tocarme y a quitarme la ropa. Le pedí que, por favor, me soltara. Yo lloraba, pero como me sentía aterrada, no me movía. Cuando me di cuenta, ya estaba en el suelo. Le suplicaba que se detuviera, que no me penetrara, que por favor no lo hiciera. Nada más me hacía para atrás arrastrándome, pues me lastimaba, y mucho. Cuando consumó el hecho, se quitó y le dije: “¿Por qué?” Nomás me dijo que me quería, que se quería casar conmigo. Le dije que estaba loco, que cómo podía creer que yo quería estar con él, y menos porque era el hombre de mi hermana.

Nos fuimos hasta la casa, caminando. Cruzamos por la fábrica Falcomex y luego por tierra, pero no podía caminar muy rápido, pues me sentía toda adolorida y traía toda la cabeza llena de cadillos. Él me los quitó. Cuando íbamos llegando, me dijo: “No le vayas a decir a nadie que yo te quiero mucho; además, me voy a casar contigo, es más, nos vamos para el otro lado”. No le contestaba nada; lo único que quería era contarles a mis hermanas.

Cuando llegamos a la casa, mi hermano había llegado del rancho y decidí callarme, pues tenía miedo de que mi hermano reaccionara mal e hiciera algo irreparable. Además, yo tenía la culpa de todo por haber desobedecido a mis papás. Como quiera, si les hubiera dicho, pienso que no me hubieran creído. Yo me decía en mi subconsciente: “Tanto que me cuidé, ¿para qué?” Me habían destruido la vida, así nadie me iba a querer, nadie me iba a aceptar con una mancha. Además yo tenía mi sueño, y quería casarme de blanco y virgen para siempre. ¿Qué le iba a decir a mi novio? También él había ido a Acuña para llevarme con mis papás, pero no quise regresar. ¿Qué podía hacer? No podía reparar

el daño que yo misma me busqué, así que lo mejor era callar lo que me había pasado.

Regresé al rancho junto con mi hermano. Mis papás no me dijeron nada, nada más llegué y me abrazaron. Lo único que dijo mi mamá fue: “No te vuelvas a ir sin permiso”. En ese entonces habían soltado el agua de la presa Francisco Zarco y pasaba por la vega. Le dije a mi mamá que iba a ir en la bici a ver el agua, y me dejó ir. Allá andaba Elio, mi novio, y se acercó para hablar conmigo. Le dije que no se me acercara, que era mejor que se olvidara de mí. No lo merecía. Además, ya me había fijado que había más muchachos; se lo dije porque me sentía sucia y ya no lo merecía. Si seguía con él, el día que nos casáramos, cuando estuviera frente al altar, podía mentirle a él, pero no a Dios. Era mejor así.

Me quedé muy triste al ver que se alejaba en su carro. Quería decirle que lo amaba, pero no lo hice. Fue lo peor de mi vida, pero no podía decir nada a nadie, porque yo era lo único bueno que les quedaba a mis padres y había defraudado su confianza. La única a quien le podía contar algo así era a mi cuñada Sanjui, y se lo conté para desahogar el dolor que traía en mi corazón.

Pasaron los días. Una vecina llegó a decirme que me andaban buscando una señora y un señor en una camioneta blanca. Y cuál no sería mi sorpresa al ver que eran mi patrona, la señora Sonia, y el señor Ricardo. No podía creer que hubieran ido por mí hasta el rancho, ¿cómo supieron llegar? Nunca les había dicho por dónde estaba. Lo único que se me ocurrió fue agarrar mis cosas y decirles a mis padres que de nuevo me iba a trabajar con ellos. Así que me regresé a Torreón.

Mis papás estaban contentos de que volviera a mi vida otra vez. Cuando estaba afuera de la casa de la señora Sonia, barriendo la banquetta, conocí a una muchacha gordita muy simpática, May, que trabajaba enfrente, y empezamos a hablar. Todos los días, cuando salíamos a barrer, nos poníamos a platicar. Un día ella llegó llorando y espantada. Le pregunté que sucedía, y me contestó que un

hombre le había dicho cosas obscenas, se había desnudado en una calle solitaria y la venía siguiendo. Le dije que se metiera a la casa, que al cabo ahí estaba mi patrón, y yo le diría lo que había pasado. El señor le habló a una patrulla para que lo buscaran, pero no lo encontraron. May, más calmada, se fue a trabajar en la casa de enfrente.

Le comenté a la señora Sonia lo que había pasado, y me dijo que tuviera mucho cuidado, porque había mucha gente a la que le gustaba andar haciendo maldades. Lo bueno de todo eso era que May me consideraba una amiga, y su patrona, también. Por lo tanto, ella podía visitarme y yo también a ella, pues la señora Sonia y Tamara, la patrona de May, ya nos tenían confianza a las dos; eso era bueno, porque convivíamos las dos.

Un sábado May me invitó a un baile a su rancho, que estaba en un lado de Matamoros, Coahuila. Le dije que no, que primero les tenía que pedir permiso a mis papás, y ella me sugirió que fuéramos al rancho Carolina. Fuimos temprano, para que no se nos hiciera tarde, y también para que mis papás conocieran a May. Les pareció muy buena mi amiga, así que me dieron permiso para que fuera al baile.

Nos fuimos a Santo Tomás. Era un rancho muy bonito, pues la carretera federal estaba a un lado, y era muy grande, nada que ver con el ejido de donde yo venía. Llegamos tarde al rancho, pero los papás de May eran muy amables y educados. Luego me dieron el pase y se presentó su familia, la que había ahí, pues era mucha. Es más, no conocí a todos, pero sí a Ana, a Elsa y a Andrea. Nos fuimos juntas al baile y en el camino May me hizo una recomendación: “Cuando estemos en el baile, si hay pleito, corre a esconderte, pues aquí no pelean con el puño, sino con pistolas, se agarran a balazos”. Había dos familias que tenían pleito seguido, los Villalobos y los Burciaga, que siempre salían con sus cosas, por lo tanto, mi amiga me prevenía.

Al cabo de un rato, llegaron unos muchachos. Me los presentaron, uno era el novio de Andrea, el otro el de Elsa, y uno, llamado

Israel, no era novio de nadie. Era muy guapo, delgado, moreno, chino, exquisito de su cara, y a un lado de la boca tenía un lunar muy sexy. Después de que me lo presentaron, él se quedó a mi lado. Todas se fueron a bailar, menos Ana, que se quedó junto a mí y el muchacho.

Después de un rato, empezaron a pelear unos señores. Uno le tiró con la hebilla del cinto y le dio en la cara. Me asusté. Israel me tomó de la mano y me dijo: “Vamos a escondernos, porque aquí se pelean a balazos”. Y corrimos atrás de un camión. Estando ahí aprovechó para decirme que si quería ser su novia. Le dije que sí, que él también me interesaba. Se acercó, me dio un beso y le correspondí. Fue tan dulce como un dulce de algodón. Luego me sentí muy atraída hacia él. Me tomó de la mano, regresamos al baile y todas se quedaron sorprendidas, porque todo fue muy rápido. Por lo mismo, nos empezaron a vacilar, que qué nos había pasado, que nos acabábamos de conocer y ya éramos novios. Les contesté: “Pues así es el amor de inexplicable”. No teníamos nada más que decir y seguimos caminando hasta la casa de May; los muchachos nos acompañaron hasta allá. Todavía allí afuera, nos quedamos platicando un rato. Cuando salió la mamá de May, fue para decirnos que ya nos metiéramos, pues estábamos haciendo mucho ruido.

Mi novio me preguntó si en la mañana nos podíamos ver ahí mismo para platicar. Le contesté que sí, que lo quería volver a ver, pues me interesaba mucho. En la mañana, todavía no terminaba de desayunar, y él ya estaba afuera esperando. Las muchachas me empezaron a hacer burla: “Huy, lo traes loco, Conchis, creo que ni durmió, o se durmió allí afuera”, y soltaron la carcajada. Él escuchó y, cuando salí, me preguntó de qué se burlaban. Le eché mentiras, pues me dio vergüenza decirle.

Él trabajaba en una hacienda junto con Ana, la hermana de May.

—¿Es cierto que trabajas en la casa de enfrente de donde trabajaba May?

—Sí.

—A ver si vuelves a venir para que te pasee en el caballo de mi papá, o vamos de día de campo.

—Voy a pedir permiso a mis papás para que me dejen ir al rancho de May, pues todavía hago lo que mis papás me dicen.

—Yo sé que me vas a volver a ver, pues yo siento algo especial por ti.

A pesar de que no lo conocía mucho, fue muy rápido lo que sentí por él, pues no quería que nos separáramos. Nada más quería estar viéndolo y sentirlo a mi lado. Sé que era una locura, pero me enamoré como una tonta, porque esa era la palabra correcta por cómo podía amar con esa intensidad. Y sí lo amaba, porque David fue una ilusión, un gusto nada más, y con Elio, en su momento, me sentía orgullosa de él, y sí lo quería, pero no llegué a sentir lo mismo que estaba sintiendo por Israel. Era algo más fuerte, no sé explicarlo. Su recuerdo hace renacer todo este amor que sentí por él, y mi corazón se destroza de sólo pensar que lo perdí.

Mientras tanto, todavía era mi novio y, por lo tanto, estoy feliz y sé que es un buen muchacho, sin malicia alguna, no es grosero. Pasaron los días, le volví a pedir permiso a mi mamá para ir a Santo Tomás y no me dejó, pero el jueves, en vez de ir con mis primas o con mis amigas, me fui con May a la hacienda donde trabaja Ana, la hermana de May. Fuimos a ayudarle porque iban a tener una fiesta los Yacamán; la señora Tamara era hija de la patrona de Ana, por lo tanto, podíamos ir a la hacienda. Estaba tan hermosa que parecía de mentira, pues estaba muy bien cuidada. La barda alta era como de ladrillo, tenía una alberca grande, un gran jardín y, lo que más me asombraba, tenían chivas, guajolotes, gallinas, caballos percherones, marranos, en fin, tenían muchas cosas. También una milpa atrás de la casa, a un lado del cuarto de servicio.

Ese día, después de la fiesta, nos metimos a la alberca, pues la señora nos dio permiso. Todavía se acercó con una bandeja de

bocadillos y dijo: “Ahora me toca servirles a mí”, y puso la bandeja llena de bocadillos en la mesa y se retiró. Nosotras seguimos bañándonos en traje de baño. Aunque mi amiga y su hermana eran gorditas, no les importaba, ellas también usaban traje de baño. Además, la señora no permitía que nos bañáramos con ropa. Después nos fuimos al rancho de May y volví a ver a Israel, pero ya no era el mismo, como que me evadía. Era una lástima lo que me estaba haciendo, pues yo iba para verlo. Estaba molesto o no sé lo que le pasaba; le hablé y no me contestó. Me puse a llorar y mi amiga May me dijo: “No llores, no vale la pena; además, él se lo pierde”. No lo quería perder, por lo tanto fui a hablar con su hermana, para que me dijera qué estaba pasando. “En la noche va a venir a hablar contigo, no te preocupes”, me contestó. Y sí fue. Me dijo que tenía una razón muy poderosa por la cual no podía seguir siendo mi novio. Sentí que el corazón se me rompía en mil pedazos, empezaron a caer lágrimas por mis mejillas, pues yo me había ilusionado mucho. Me quise aferrar a él y le dije que lo amaba, que no me podía dejar, que sentía su amor, que no le creía lo que me estaba diciendo.

—Te voy a decir la verdad, lo que pasa es que soy puto.

—¿Y qué tiene que ver eso? —todavía le pregunté—. A todos los hombres les gustan mucho las mujeres, pero eso no es impedimento para que no podamos andar.

—Soy joto, me gustan los hombres.

Después de lo que me estaba diciendo, empecé a vomitar allí mismo, enfrente de él. Sentía que el estómago se me quería voltear al revés.

—¿Estás bien, Conchis?

—No me toques, me das asco, aléjate de mí.

Me quería morir en ese momento, pues todo lo que sentía por él, ¿dónde lo tiraba o dónde lo ponía? Me fui dando cuenta de que los hombres nada más saben hacer sufrir a las mujeres. Me puse a pensar por qué me estaba pasando eso a mí. Me deprimí tanto

que todos los días lloraba por él. Un día, en mi trabajo, me tomé la mitad del raticida, pues no quería seguir viviendo. Con todo lo que me había pasado, me sentía destrozada. ¿A quién le podía contar lo que me pasaba si siempre que confiaba en alguien me defraudaba? Por lo tanto, ¿para qué seguir viviendo si en realidad nadie me quería? Ni mis padres ni mis hermanos, ni David, ni Elio, ni Israel. Pensaba que estaba maldita por alguien o por algo. Me preguntaba tantas cosas, pero lo único que sabía era que no quería seguir sufriendo, era mejor morir de una vez que, al cabo, a nadie le iba a importar si vivía o moría.

Después de que me tomé esa cosa, esperé a que me hiciera efecto y no me hizo nada. Estaba impresionada. No todo acabó allí, pues me quería morir a como diera lugar. No ese día, otro, pero tenía que pensar cómo acabar con mi vida. Al paso de los días me encontré un frasco de aspirinas americanas, eran de la señora, las había encontrado en su clóset. Al día siguiente, cuando salió la señora al trabajo, me las tomé, y tampoco me pasó nada. Nadie me cree eso, pero es verdad. Pienso que Dios no quiso recogerme por algún motivo, y en realidad no sabía por qué. Lo único que quería era terminar con todo el sufrimiento que tenía en mi corazón. Como no tuve éxito con eso, fui y me corté el pelo del tamaño del que lo usan los hombres y empecé a comer con una exageración que nadie lo puede creer. Me comía, a la semana, cinco cajas de galletas, tres cajas de cereal, doce litros de leche y, además, terminaba con toda la fruta y demás cosas que compraba la señora, como la crema, el chocolate, las bolsas de botana. Cuando la señora quería algo, yo ya me había comido todo. Empecé a engordar inmediatamente. Cuando a veces iba al rancho con May, llegábamos al Soricircus a comer. Yo siempre comía el doble que May, por decir, dos hamburguesas o dos tortas. Rápido subí hasta los sesenta y cinco kilos y todos me preguntaban qué era lo que me había pasado, porque nunca había engordado tanto. No les contestaba nada, y creo que me daba por comer más.

May y yo disfrutábamos mucho la comida, a veces también nos íbamos a la Deportiva a nadar y a caminar un rato, pero, a pesar de todo lo que hacía, no podía sacar lo que traía dentro de mi ser. Trataba de ser feliz y no podía.

Conocí a Jesús, era de San Pedro, de la colonia Trinidad, e iba al rancho Carolina a acompañar a sus amigos para que miraran a sus novias. Un día me dijo que si quería platicar con él, y le dije que, si quería, podíamos ser solamente amigos. Aceptó. Cada vez que iba al rancho, salía a platicar con él, porque así les hacía el paro a mis amigas Cuqui y Guille para que no las regañaran porque andaban solas. Ellas platicaban con sus novios al lado de donde yo estaba con Jesús, al que le decían *el Broder*. Me echaba muchos piropos, pero yo le decía que estaba loco. Decía que me parecía a mi bella genio, porque me ponía un broche del tipo del que usaba ella, la de la serie de tele que salía en ese tiempo. También me ponía un pantalón un poco flojo, una blusa roja con botones que caía hasta los hombros y unas botas cortas, y me peinaba con una coleta igual que la bella, por eso me llamaba así. Era tanta la insistencia que le hice caso y empezamos una relación.

Una nueva ilusión en mi vida. Él era muy guapo y simpático, en su interior era una persona muy sencilla y con carisma; además, bailaba muy bien, pues me invitó al baile de Pegasso del 14 de febrero. Fuimos y pagó mi entrada. También iban Cuqui y Guille con sus novios. Y ahí andábamos las tres parejas. Ocurrió un problemita cuando fui al baño. Mi novio me acompañó, y luego él entró. Me quedé esperando afuera, casi enfrente del baño. De pronto sentí una nalgada y, por instinto, me volteé y, al primero que tuve cerca, le di una cachetada. Grande fue mi sorpresa, pues aquel hombre me sujetó los dos brazos y me estrujó diciéndome: “Primero fíjese quién le dio la nalgada y luego pegue”. Cuando salió del baño mi novio, ya me había soltado. No le dije nada para no empeorar las cosas y porque temía que lo fueran a golpear, pues eran muchos. Estábamos en un baile de paga, había muchos

policías y no quería un problema. Además, andábamos muy bien bailando y disfrutando el momento. En eso, la gente se hizo a un lado, dos personas se andaban peleando, uno le dio un botellazo y ya mero le daban a mi novio. Mis amigas dijeron: “Ya vámonos, ya se puso muy feo el ambiente”.

Nos fuimos a la casa de la hermana de Guille, que estaba en la colonia Agua Nueva, así que no caminamos mucho. En el camino nos compraron unos *hot dogs*, era algo muy divertido, porque ellos se llevaban muy bien, así que hablábamos con toda confianza. Cuqui le preguntó a Jesús que por qué le apodaban *el Broder* y a su hermano, *la Pistola*. Contestó que a su hermano le apodaban así porque se disparaba solo, y a él porque era su hermano. Solta- mos la carcajada, tenía muy buen humor, así que no se molestó. Juan, el novio de Guille, también iba contando chistes y anécdotas de cosas que le habían pasado. Era muy bonito el noviazgo que llevaba; con el tiempo se hizo más fuerte, pues compartíamos muchas cosas.

Íbamos juntos a los bailes. Como yo seguía trabajando en Torreón, nada más lo veía los sábados y domingos. Lo miraba el sábado en la noche, y nos íbamos al baile el domingo en la mañana. Lo miraba en el mercado, y el domingo en la tarde en la plaza, y cuando no íbamos mis amigas y yo, él iba al rancho para verme. A veces, el fin de semana me iba con mi amiga May para Santo Tomás a los bailes.

Sucedió que una de mis amigas me invitó, cuando estaba de vacaciones, a que fuéramos al rancho Bolívar, que estaba a un lado de Carolina, así que no caminábamos mucho. Cuando llegamos allá, unos niños nos querían echar del rancho, pero la hermana de una amiga se había casado con un muchacho de ahí y gracias a ella, ya no nos dijeron nada. En la esquina estaban unas muchachas y se acercaron. Una que se llama Inés le dijo a una amiga:

—Mira, ahora sí, aquí viene Conchis. Dime delante de ella lo que me dijiste, que ella andaba con *Broder*.

—Pues sí, es cierto, ella anda con *Broder*.

—¿Por qué la pregunta? ¿Tú también andas con él? —le pregunté yo.

—Sí.

—¿Quieres ir al baile al rancho?, él iba a ir conmigo. Me parece buena idea que nos juntemos para desenmascararlo, porque yo no quiero que juegue conmigo. No sé tú, pero yo sí tengo dignidad. Por eso es mejor que vayas al rancho Carolina.

Y sí, así fue. El siguiente sábado ya me estaba alistando para irme al baile, cuando de repente me dijo mi papá:

—¿Y quién te dejó ir? Todavía no me pides permiso y ya te estás yendo.

No le contesté nada y me acosté a llorar, porque era raro que mi papá me regañara, por eso estaba sentida. Él se acercó y me dijo:

—Ve, hija, te lo estaba diciendo en broma.

Pero era tanto el sentimiento que me embargaba el corazón por el regaño de mi padre, que no fui al baile y me dormí temprano. Al otro día sí fui al mercado a dar vueltas con mis amigas, cuando de pronto vi a *Broder*, y ahí estaba Inés, la que decía que también era su novia. Una de mis amigas le dijo a *Broder* que yo le hablaba. Se acercó y también Inés, junto con otra amiga. Entonces le pregunté:

—¿Quién es tu novia? ¿Ella o yo?

—Tú, mi amor —y me abrazó.

A la amiga de Inés se le soltó la boca, insultó a *Broder* y dijo:

—Eres un poco hombre, como ya la embarazaste, por eso la quieres dejar; como ya tuviste lo que querías...

Seguí caminando, él nunca me soltó. Me acompañó hasta la combi que iba para el rancho, pues si no me apuraba, me iba a dejar. Lo único que alcancé a decir fue que no iría a la plaza, que me viera en el rancho. Contestó que sí.

Llegó la noche y le dije:

—Dime la verdad de lo que pasó, no quiero mentiras, decídetelo.

—Sí me metí con ella, pero no era virgen cuando la toqué, por eso no voy a cumplirle.

—Yo así no te quiero. Vas a tener un niño con otra, mejor terminamos de una vez.

Y lo corté definitivamente. No porque no lo quisiera, sino porque en mi interior pensaba que yo ya no era virgen, y cómo iba a decírselo, él no me iba a aceptar. Era mejor que ya no nos viéramos jamás.

Pasó una semana. Fui al baile a la Magisterial y me lo encontré. Me volvió a hablar, me sacó a bailar. Después de dos canciones me sacó del baile porque quería hablar conmigo. Me dijo: “Te quiero a ti, no a Inés, te lo digo de verdad, ¿cómo quieres que te lo demuestre? Si quieres, nos casamos mañana, mi amor”. No le contesté nada, pero sentí sus besos, su amor y me sentí tan apasionada, que me propuso que nos fuéramos a un lugar más oscuro. Estaba muy solo y me quitó las pantaletas; lo demás no me estorbó, pues traía minifalda y una blusa blanca con botones que caía hasta los hombros, con un cinto ancho. Sólo quería sentirlo dentro de mí, así que no pensé y traté de entregarme a él. A pesar de lo que me había pasado, no pudo penetrarme. Me arrepentí de lo que estaba haciendo y me volví a poner las pantaletas. Me dijo que nos fuéramos para su casa. Una cuadra antes de llegar, le dije que no quería que nos casáramos, que si quería que hiciéramos el amor, que lo hiciéramos, pero sin compromisos, que yo me iba para mi casa después de ir a la suya. Se enojó y me cortó. Me dijo que no quería volver a verme, pues yo nada más había jugado con él. Lo único que le pedí fue que me acompañara hasta la casa de la hermana de Paula, mi amiga. Fue la última vez que lo vi. Supe que se había casado con Inés y que habían tenido un niño que se parece a él. Me dolió hacer lo que hice, pero fue lo mejor para los dos, porque yo no iba a poder con la conciencia de haber dejado a un niño sin padre. Además, la muchacha lo amaba, y yo no le quería hacer daño.

Pasaron los años. Cuando cumplí diecinueve, todavía seguía trabajando con la misma señora. Un día, ella amaneció de malas y no quiso dejarme ir con mis amigas, como todos los jueves, a la alameda.

—¿Por qué no quiere dejarme ir?

—No es obligatorio.

—Después de casi cuatro años de trabajar con usted, y de salir siempre los jueves, ¿por qué está enojada conmigo?

Me entristecí porque yo me sentía como de la familia. Ella me había confiado su casa y demás cosas, además la apoyé cuando más necesitó, pues un tiempo no tuvo dinero ni para pagar a las muchachas. Yo la había apoyado en muchas cosas, pero sólo era la chacha, y si ella quería, me podía correr cuando se le viniera en gana. Así que era mejor que renunciara antes de que me corriera. Ya no fui a trabajar, y no me dio nada por los cuatro años que trabajé, ni las gracias. Pero ya ni llorar es bueno.

Conseguí otro trabajo, con la señora Barraza, dueña de Liverpool. El trabajo me lo consiguió Ana, la hermana de May. Era una residencia a un lado del campo de golf, grandísima, parecía un castillo. Yo iba de cocinera. Así duré unos meses, luego me salí porque me aburrí; esa familia nunca estaba y siempre nos quedábamos solas Ana y yo en la casa; todos se iban de viaje, menos el hijo, de nuestra misma edad. Y tenía miedo, porque él metía a la casa muchos amigos de él, así que decidí salirme.

Me fui al rancho a la pizca, lo bueno es que ya había pizcado algodón. Me iba todos los días junto con Sonia, una amiga, mis hermanas y mi papá. También iba el tío de Sonia, y empezamos a platicar de la feria, de que pronto iba a llegar. No le puse atención, pues era un hombre casado, como de unos treinta años. Le hablaba poco, pues él era del rancho, aunque un tiempo se había ido para Chiapas porque había pasado una decepción con su primera esposa. La encontró con otro hombre. Ellos ya tenían un hijo y por eso se fue. Allá pasó siete años y regresó con una mujer indígena.

Llegó el día de la fiesta. Cada 16 de septiembre se festeja la feria del algodón y de la uva, y toda la gente de los ranchos vamos a San Pedro. Esa vez fuimos mi hermano el más chico, Sonia y yo. Nos paseamos en los juegos, jugamos a las canicas y me gané un tarro. Luego le entramos a un baile y ahí Sonia se encontró a su novio y se metieron a bailar. De pronto, llegó el tío de Sonia y me invitó a bailar. Por cortesía, le dije que sí. Cuando salimos de la pista, ya no estaba Sonia. “Vamos a buscarla por los juegos, allá ha de estar”, dijo. No la encontramos. Fuimos para el otro lado, donde también había baile y gente del rancho y me despreocupé. “Mira, si ya no hay combis, yo te pago el taxi para que te vayas, pero baila aunque sea una canción conmigo”, me pidió. Y bailamos. Cuando terminó la canción, le dije:

—Ya, échame en el taxi.

Cuando me subí, él también se subió. Lo miré y me dijo:

—No te preocupes, me bajo antes de llegar al rancho.

Cuando íbamos llegando, le dijo al del taxi que se parara y ahí nos bajamos.

—Conchis, te voy a robar.

—Tú estás casado.

—No me importa.

—Voy a gritar.

—Grita. Como quiera te voy a robar por la fuerza, y no me importa si se da cuenta Chepa —su mujer—, así que puedes gritar todo lo que quieras.

Lo único que pensé fue en que se diera vuelta para darle con el tarro que traía en la mano, pero pensaba: “¿Y si lo mato? ¿Y si le pasa algo o me pasa algo peor?” Me dio mucho miedo.

—Vamos para San Pedro —y me llevó caminando.

Iba pensando lo peor, pues ya me había pasado una vez, y me preguntaba qué me ocurriría. Lo único que hice fue seguir atrás de él. Quería correr, pero temía encontrarme una víbora y que me picara. Al llegar a San Pedro, él se arrepintió y me dijo: “Vete con tu

tía Rosa”. Le contesté que él me llevara. Todos los del rancho nos habían visto cuando agarramos el taxi, así que no quería irme, tenía miedo de lo que dijera mi tía. A ver cómo le hacía; él me había robado y ése era su problema.

Aunque no me tocó, iban a hablar de mí en el rancho, así que no podía pensar qué sería de mí. Lo seguí hasta la casa de su tía. No había nadie, él traía la llave, abrió la puerta y entramos. Allí nos quedamos a dormir y, en la mañana, me dijo que lo esperara, que iba al rancho a ver cómo estaban las cosas, pues en los ranchos todo se sabe.

Fue a investigar cómo estaba mi familia. Regresó y me dijo: “Está caliente la cosa, tu hermano Raúl anda bien enojado porque no te han ido a entregar”. Él decidió que nos teníamos que ir, escondernos. Nos fuimos a Ciudad Juárez, Chihuahua, hasta que se calmaran las cosas. Llegamos con una de sus hermanas y después fuimos con otra; allí nos quedamos cinco días. En esos días decidí entregarme a él. Él estaba desesperado por haberme llevado en contra de mi voluntad, pero cuando lo conocí más, estuve cerca de él y tuve su cuerpo junto al mío, pues una es mujer... fue cuando me entregué a él.

Con el paso de los días, la convivencia, el sexo, creo que me enamoré o no sé qué pasó, la mera verdad, pero cuando regresamos a San Pedro, Julio —ése era su nombre— tenía que hablar con mis padres. Ellos ya nos estaban esperando en la plaza. Les dijo que se quería casar conmigo, y mi mamá le contestó:

—No, ¿para qué quieres casarte con ella si ya tienes tu mujer? Además, Mauro, tu hermano, quiere quitarle las niñas a Chepa y mandarla para Chiapas. Eso no se vale, por lo tanto, prefiero que mi hija se quede así y haga su vida con otro hombre. No es la primera ni la última, por lo tanto, vas a dejarla al rancho.

Mis padres se regresaron al rancho y yo me quedé con él, porque en la noche tenía que hablar con mi hermano mayor. Llegó la noche y nos fuimos para el rancho. A eso de la media noche

llegamos, pero él me dijo que no quería separarse de mí, que le diera una oportunidad. Le contesté que sería así, como habían dicho mis papás, que cumpliera su palabra. Si después, por el azar del destino, nos volvíamos a encontrar, a lo mejor podríamos darnos una oportunidad, pero, por lo pronto, no podíamos, porque él tenía familia, así que era mejor que me llevara de una vez a la casa. “Si no vamos a estar juntos, por lo menos quedémonos una última noche”, dijo, y me llevó a la casa de su hermana. Estaba a un lado de la casa donde estaba su mujer. Me dijo que iba a hablar con ella de lo de las niñas.

Al rato regresó. Esa noche volví a estar con él haciendo el amor. Todavía me volvió a decir que no lo dejara, que nos fuéramos lejos, y le contesté que no. En la mañana, todavía estábamos desnudos, cuando llegó su mujer y lo insultó y lo golpeó porque él era un mentiroso. La noche que había ido a su casa, le había dicho que se iba a quedar para cuidarme, nada más, pero que en la mañana me iba a dejar. Había algo de verdad, pero también le había dicho mentiras, por eso lo golpeó.

Mientras me vestí y me salí del cuarto. Me asomé afuera, pues ya eran como las siete de la mañana. En eso pasó mi mamá y me dijo: “Ya vente, vámonos para la casa”. La seguí, llegué y me bañé. Cuando salí de bañarme, me llegó mi ciclo menstrual. A mi mamá le dio mucho gusto de que llegara “la comadre”, pues no había quedado embarazada.

Al medio día iban a llegar mi papá y mi hermano. Mi mamá me dijo que me metiera debajo de la cama, porque mi hermano iba a estar enojado e iba a querer golpearme o hacerme algo. La obedecí. Todo el día estuve ahí. Casi eran las nueve de la noche cuando me dijo que saliera. No sé qué pasó, pero mi hermano ya estaba tranquilo.

Así pasaron los días, y mi hermano estaba muy enojado con Julio, nada más lo estaba cazando como a los venados. Quería matarlo, porque andaba hablando mal de mí: que él había hecho

conmigo lo que había querido, que todo el día me la tenía adentro, y por eso mi hermano sentía demasiado coraje dentro de su ser. Yo lo entendía, pues él creía que yo era virgen y que él había sido el primer hombre en mi vida.

La realidad era otra, ya que no les había dicho lo que me había pasado en Acuña, pero tampoco podía hacerlo. Decidí irme a Ciudad Acuña, pues mi hermano andaba como león enjaulado. Nada más duré quince días en el rancho y me fui junto con mi hermano más chico, Rigoberto. Nos despedimos de mis tíos Juan y Juanito, luego fuimos a casa de mis tíos Luis y Chila, Alberto y Chita, Lala, mis primos y demás.

Cuando llegamos a Acuña, fuimos a la casa de mi hermana Martina. Bueno, no vivía en una casa, sino en un camión, con sus hijas. Fui a buscar trabajo a donde trabajaba mi hermana, en la General Electric, y sí me lo dieron. Todos los días nos íbamos.

Después de unos días, mi hermana Minerva llegó a la casa y me dijo que si no queríamos irnos a quedar a donde ella vivía con una amiga. Le contesté que después íbamos, porque Rigo buscaría trabajo también y yo lo acompañaría junto con mi cuñado Elio a la fábrica. Entonces me dijo que yo ya no era señorita, que pensara en hacer dinero para que pudiera ayudar a mis papás, que ella sabía cómo hacerle. Debía ir con un hombre y tener sexo con él, y me pagaría doscientos dólares por dos horas, y que era buen dinero para que se lo mandara a mis papás. Se me hizo fácil, pero le pregunté a mi hermana la mayor. No me dijo nada, ni siquiera me contestó. Y me fui con mi hermana para la colonia Porvenir, donde el hombre ese iría a recogerme para irnos al hotel.

Antes de llegar al cuarto del hotel, me preguntó si quería tomar algo. Le respondí que no tomaba. “Esta Caribe Cooler es como jugo, no tiene mucho alcohol, tómale poquito para que se te quite lo nerviosa.” Y sí que estaba nerviosa, pues era un hombre maduro, de cuarenta y un años, y yo apenas tenía diecinueve; además, no lo conocía, nunca lo había visto. Era muy alto, tenía barba cerrada,

no se miraba que fuera mala persona, sino todo lo contrario, pues cuando ya estábamos en la intimidad, él estaba en el otro lado de la cama, me tenía miedo y yo también a él, pero después me fue tocando muy tierno.

Antes de todo, me preguntó si todavía era señorita. Le contesté que no. Después de que terminó, me preguntó a dónde me iba a dejar. “A Tierra y Libertad, con mi otra hermana, pero antes quiero ir al Marcelino’s para comprarle de cenar a mi familia.” Luego de que me llevó a comprar, se despidió de mí y me preguntó si me podía seguir viendo todos los jueves. Primero lo volteé a ver a los ojos y me dijo:

—Te voy a pagar, ¿cómo ves?

—Está bien. Cuando vengas, pon la camioneta allá, donde no mire mi hermana Martina.

En la mañana me fui con mi hermana al trabajo, y cuando salimos, le dije que fuéramos a Merco para comprar mandado para todos. A mi hermano Rigo le compré trusas, calcetines, tenis. Fui y le puse dinero a mi mamá. Mi hermana estaba contenta, pues le estaba ayudando con el mandado.

Un día en la mañana, antes de irnos al trabajo, me bañaba, pero el baño estaba al lado de la cama de ellos. Mi hermana estaba en el otro lado del camión, y mi cuñado en la cama. Cuando me estaba bañando, él se levantó, como que iba a detener a mi sobrina para que no se cayera de la cama, pero la niña ni en cuenta, estaba jugando. Él me miró desnuda y lo hizo a propósito.

Mi hermanito no encontró trabajo porque todavía no tenía la edad adecuada. El jueves llegó el hombre a buscarme para que volviéramos a salir. Estuvimos juntos en el hotel, pero ese día fue diferente, porque me mordió el cuello y me dejó marcas. Cuando llegué de nuevo acá, eran las cuatro de la mañana, por lo que nada más llegué para irme al trabajo. En la tarde que regresamos mi hermana y yo a la casa, mi cuñado me dijo que traía marcas y se burló, que si no se le habían caído los dientes al viejito, y que quién sabe

cómo me habría puesto para que trajera todas esas marcas... en fin. Mi hermana nada más oía y no decía nada. A mí me dio mucho coraje y decidí irme con mi otra hermana, pues no le quería causar problema alguno a Martina, por lo que no le iba a decir nada de lo que había pasado. Me fui con mi hermana, aunque no tenía dónde vivir, pues no trabajaba, nada más se la pasaba con su amiga Santa Huerta. Yo pensaba apoyar a mi hermana para que dejara todo lo malo que había alrededor de ella. Así que me fui a vivir enfrente de Santa Huerta. Allí había una casa grande donde se quedaban las dos. Sabía a lo que me iba a enfrentar, pero era mejor lo que viniera a que me volviera a pasar lo que con mi otro cuñado.

Donde ellas se quedaban nada más había un colchón viejo en el que dormían. Yo no le había platicado nada al señor con el que había empezado una dizque relación, aunque fuera de compra y venta. Para mí era un hecho que yo tenía un compromiso con él, pues ya empezaba a quererlo. Al día siguiente no sabía ni cómo le haría para bañarme ni para agarrar el camión de la maquiladora. En esa casa había tres cuartos grandes y el porche. Llegaron tres hombres. Eran el hermano de la amiga de Mine, mi hermana, y dos acompañantes. Iban a buscarlas para jugar al dominó y drogarse con mariguana. Todos estaban en el otro cuarto con sus cosas, por lo tanto, yo dormía. No estaba tranquila, pues no sabía si eran peligrosos, no los conocía. Creo que ni a mi hermana. Así pasé la noche, entre dormida y despierta. En la mañana me fui al trabajo. No me molestaron para nada, es más, ni me tomaron en cuenta.

Cuando fui a agarrar el camión en la esquina donde está el mentado Bronco, yo estaba sentada esperando. De pronto vi a un individuo que se aproximaba hacia mí, creo que estaba borracho o drogado, no sabría decirlo. Lo único era que él caminaba balanceándose. Me preguntó que dónde estaba el mentado *La Juana*, y yo le contesté: “¿Acaso no sabe dónde vive? Pues vaya a su casa a buscarlo”. No contestó nada y siguió caminando hasta que se

perdió. Al rato pasó un muchacho y, como ya se me hacía muy tarde y no pasaba el camión, le pregunté qué hora era:

—Las cinco y media de la mañana, se me pasó el camión.

—¿En qué te vas a ir? A mí también se me pasó el camión.

—Voy a agarrar la combi en la esquina de la Allende.

—¿Te puedo acompañar? A ver si ahí pasa otro camión que vaya para la General Electric. Llegamos los dos allí y no pasaba ninguno.

—Voy a agarrar la combi.

—Yo no traigo feria.

—No te preocupes, yo te la pago, ¿sí? Ándale, al cabo vamos para donde mismo.

Nos subimos a la combi y nos fuimos a la fábrica. Me dijo que él estaba en el área amarilla y que yo en cuál estaba. “En montaduras.” Desde entonces empezó a pretenderme. Todos los días, en los descansos, iba a verme a la línea o al comedor. En esa semana, cuando volví a ver a Alfredo, me dijo que me iba a comprar lo necesario para la casa donde vivíamos, que lo primero que tenía que comprar eran unas cortinas, parrilla, trastes y literas. Me vendieron también unas mecedoras de medio uso, compré una manguera, una tina de peltre para calentar agua para bañarnos. Me llevó una tele de veintitún pulgadas, me compró bastante mandado, fruta y demás cosas. A Mine le fui a comprar ropa interior. Por lo menos mi hermana y yo teníamos lo necesario. Sus amigos se fueron retirando, menos Santa Huerta. Los amigos de mi hermana respetaban a Alfredo, pues se decía que era alguien movido, y como tenía también un taller mecánico, tenía posibilidades, por lo tanto, no se iban a meter con la mujer del *maestro*; así como a él lo respetaban, a mí también.

Seguí trabajando en la maquiladora, pero después ya no veía a Alfredo nada más los jueves, sino cada tercer día, y cada que lo miraba, me daba cien dólares, así que siempre traía dinero. Mi hermanito se quedó con mi hermana, pues le ayudaba con las niñas; él se las cuidaba. Y yo, cada día que pasaba, convivía más con

Alfredo. A veces me llevaba a pescar a la presa del Centenario. Una vez, para el 14 de febrero, me invitó a que nos la pasáramos en la presa. Nos fuimos una tarde a comprar todo para pescar, cerveza para él y Caribe Cooler para mí, y aguacates, chiles, tomate, cebolla, tortilla, aceite. Llevaba también en la camioneta la mesa y un disco para freír. Él iba bien preparado para quedarnos también a dormir. Yo me le quedaba viendo, porque ya era casi de noche cuando llegamos. Él corría para un lado y para otro tirando el anzuelo, pues decía que todavía era buena hora para pescar, pero no pescó nada. Lo que hicimos fue cenarnos el pollo frito que también habíamos comprado. Después hicimos el amor y nos fuimos a dormir. Esa noche fue para mí muy romántica, pues él, a pesar de que se drogaba, siempre fue muy respetuoso conmigo. Poco a poco lo fui amando con toda mi alma y se lo dije: yo lo quería para mí. Me contestó una noche que estábamos en el hotel, que él era casado y que quería a su familia, por lo tanto, no quería ilusionarme. Además, que estaba muy joven para él y que no la íbamos a hacer, pues yo más adelante podía conocer a otra persona y lo iba a dejar. Así que mejor guardaba distancia. Le dije que quería un hijo de él, y me contestó que no quería compromisos, y que si buscaba mujer, era porque la suya siempre estaba en Del Río porque sus hijos estudiaban allá, y no le convenía ir y venir todos los días.

Un día, cuando casi lo acababa de conocer, me había ofrecido cocaína. Le contesté: “Sí, la voy a probar, porque no quiero que me digan qué es eso, pero no quiero que me vuelvas a ofrecer. No necesito nada para estar bien, así estoy a gusto. No te critico a ti ni a nadie”. Después de tres meses de conocerlo, como no me cuidé, salí embarazada. Poco antes de darme cuenta, Santa y Mine me fueron a decir hasta la casa —pues yo no salía los días que no trabajaba—, que el mentado *La Juana* me quería conocer. Yo no quería conocer a nadie, pues tenía a Alfredo y lo quería. Ellas me dijeron: “Si no lo quieres conocer, no lo conozcas. Nada más que nos

invite a las playas a comer”. A ellas las invitaría nada más por presentarme con él. Era una persona que se movía en el narcotráfico en ese entonces. Había pegado y traía mucho dinero. Quería conocer a una mujer, y éstas luego, luego fueron conmigo, y yo, de menasa, ahí voy.

Fuimos a las playas a comer. Cada quien pidió su platillo favorito. Terminamos y él se fue con nosotras para la casa, que porque tenía que platicar conmigo. Y sí, platicamos. Le dije que tenía pareja y que la quería, por lo que no quería problemas. Él aceptó que no podía haber nada entre nosotros, pero que quería una amistad. No se la podía negar. Me dijo que lo único que pedía era que le regalara un beso. Lo hice, para que se fuera, pues tenía que llegara Alfredo. No pasó nada entre él y yo.

Eso fue el jueves. Para el sábado, Alfredo ya sabía que habíamos ido a comer a las playas, y que yo había estado con él en la cama. Se lo dijo la mismísima Santa, y creo que hasta mi hermana. Ellas ya lo tenían planeado. Ese día no me dijo nada, ni siquiera me habló, pero después regresó borracho y enojado. Llegó hasta la casa en su camioneta, subió y me preguntó si era cierto que me había acostado con *La Juana*, pero no nada más me preguntó, sino que me apuntaba con una pistola. Me dio mucho coraje, pues él dijo que no tenía compromiso conmigo porque era casado. “Y si te puse el cuerno, ¿qué?” le dije. Con su mano al revés me dio una cachetada y me abrió el labio. Luego se fue en su camioneta patinándola. Por cierto, al salir, ya mero se lleva de encuentro a uno de sus primos que iba pasando.

Esa misma noche, Mini tuvo una pelea con una dizque amiga, la dejó toda arañada. Y a Norma, mi otra hermana, el Praxedis la había golpeado y traía toda la cara morada. Al otro día estábamos para reírse, pues parecíamos salidas del *Halloween* y, en vez de llorar, reíamos las tres. Yo le decía a Norma que por qué permitía que la golpeará. Sabía que a mí también me habían dado una cachetada, pero a él no lo volvería a ver nunca en mi vida, pues

lo que había pasado no se podía reparar. Él se sintió traicionado, y yo no había hecho nada, por lo tanto, no podía perdonarle la cachetada.

Luchar por la vida de una hija

Algo en mi vida iba a cambiar. A la siguiente semana, ya no me bajó y empecé con los malestares del embarazo, tenía diarrea y vómito. Dejé pasar una semana para ver si Alfredo regresaba, pero no regresó. Santa me dijo: “Yo voy y le hablo a su casa”. Ella le habló para que yo platicara con él. Le dije que estaba embarazada y que si podía apoyarme hasta que me aliviara. Ya no pude ir a trabajar porque me desmayaba y me daban muchos ascos y sueño, y me salí de la fábrica.

No me contestó nada, pero sí me apoyó. Él seguía con lo mismo, no volvió a ser como antes; era muy frío y distante conmigo. A pesar de quererlo tanto, yo tampoco quería demostrarle lo que sentía por él, pues me había dicho que buscara otro hombre, que él estaba muy viejo.

Pasaron los meses de mi embarazo. Mi hermana una vez llegó con droga, que dizque para venderla, se llama roche. Se iba todo el día a conseguirlas y me decía: “Ahorita van a venir por cuatro pastillas, ahí te las dejo para que se las des; cuestan quince cada una”. Después ya todos sabían en la colonia que mi hermana vendía y le iban a comprar. Mi hermana me las dejaba, ella las conseguía y yo las vendía. Alfredo se dio cuenta y me regañó, porque no sabía en la bronca que me iba a meter.

Me invitó a Piedras Negras, a una de sus casas y, cuando íbamos por la carretera, me dio una pistola chica: “Escóndetela”, y como ya tenía cinco meses de embarazo, me la metí entre la panza para que no se notara que la llevaba. Pasamos un retén y, al llegar al hotel de Piedras, cuando estuvimos en el cuarto, me dijo:

—Dame la pistola para guardarla atrás del espejo.

Se la di, pero también saqué quince ristras de roche para que las guardara.

—Ya ni la friegas, si nos hubieran revisado en el retén, ¿dónde estaríamos? Lo malo es que no te las vi antes, si no, te las hubiera tirado.

—Me las pagas, pues no son mías.

Prendí la tele y me metí a bañar.

—Ahorita vengo, voy con un viejo, espérame. No te vayas a salir del cuarto, veas lo que veas y oigas lo que oigas. Si no vengo, te vas en la mañana.

No pasó nada. Regresó y me dijo:

—No se hizo nada, creo se le tiró la mercancía.

Yo no sabía de qué estaba hablando, pues él nunca me platicaba lo que hacía. También recuerdo que una vez lo acompañé dizque a la Muralla. Fue en la noche, era un camino muy oscuro y me dijo que íbamos a esperar a alguien. Nadie llegó y nos regresamos. No tenía miedo, pues nunca supe nada de sus negocios. Decía que si algo sabía de sus cosas, corría peligro. Nada más estando con él lo corría. Por lo tanto, nada más me contó que, cuando empezó en sus movidas, fue hasta Chihuahua. Nada más. A mí no me importaba lo que hubiera hecho, sino cómo era conmigo.

Mi hermanito se vino a vivir con nosotras. Un día andábamos en el centro, fuimos a comer tacos en El Tapatío. Cuando llegamos a la casa, estaba abierta y toda revuelta. Luego, luego se nos vino a la mente que se habían metido para robarnos. Mi hermana y yo fuimos a levantar una denuncia. Cuando llegó la patrulla y se hicieron las averiguaciones, se encontró que el que había entrado era un tal *Mele*. Al día siguiente, ese maleante fue a amenazarnos con un cuchillo.

Decidí irme a vivir a Tierra y Libertad. La suegra de Martina se fue para Houston, Texas, y su casa se iba a quedar sola, por eso me la prestó para que se la cuidara. Al cabo de unos meses,

Martina empezó de envidiosa con que se quería ir a vivir ahí. No podía decirle nada, y me volví a ir con Minerva, pues mi querido cuñado volvió a hacer de las suyas. En una ocasión, con seis meses de embarazo, estaba en el cuarto de enfrente bañándome. Llegó mi cuñado de trabajar, tocó la puerta y le dije que no podía abrirle porque me estaba bañando. Rodeó hasta llegar al cuarto donde estaba y me miró desnuda. Lo que me asombró fue que estaban mis sobrinas, y le valió. Por lo tanto, me fui a vivir con mi hermana.

Ella estaba rentando en la misma casa, pero le dije que mejor nos cambiáramos a otro lado. Nos fuimos a la siguiente cuadra, aunque nos cobraban más, estaba mejor la casa. Nos llevamos algunas cosas, no todas. Al llegar ahí, conocimos a una muchacha que se llamaba Lili, *la Huesitos*, a su hermano pequeño y a Pepe. Se hicieron amigos de mi hermano y nos regalaron cosas que necesitábamos. También hizo otro amigo, Jesús, alias *el Chuki*, y Pepe Siek, que era homosexual, pero todos se portaban muy bien. Todos los días nos iban a visitar, y más Pepe, cuando olía a tortillas de harina, que iba para cenar con nosotros. Los otros dos amigos iban en el carro rojo de *Chuki* para dar la vuelta.

Un día noté raro a mi hermano, se le miraban los ojos rojos y hablaba mucho. Así quedó, pero no esperaba que llegaran sus amigos, sino que él iba a casa de *Chuki*. Un día lo seguí y, cuando estaba afuera de la casa de *Chuki*, lo vi fumando mariguana. No lo podía creer. Estallé de coraje, me metí y lo llevé a empujones para la casa, donde llorando le pregunté por qué lo había hecho, que si como hermana le había fallado, que qué necesitaba o qué le faltaba, pues siempre lo había apoyado y lo había cuidado. Además, él sabía que mi hermana estaba perdida, pues ella no podía dejar el vicio, que si él quería seguir su camino. No me respondió.

Volvió a querer irse con sus amigos, pero no lo dejé. Se fue a la casa de *Chuki* y me lo traje, volví a hablar con él. Ya me estaba cansando, pues mi hermana también se iba todo el día a la calle

y yo cuidaba a mi sobrino. Me gustaba hacerlo, pero mi embarazo ya estaba muy avanzado. Había tenido un accidente en la Central, me había caído de panza y llevaba al niño cargando. No trabajaba, no podía por mi estado. Todos los días me sentaba en el costado de la casa, en la banqueta. De pronto apareció Julio, el hombre que me había llevado por la fuerza y que me hizo tanto daño a mí y a mi familia con su acción. Llegó diciendo que iba por mí para irnos juntos para Estados Unidos, pero me miró la panza y me preguntó:

—¿Estás embarazada?

—Sí, ¿cómo ves? No puedo irme contigo, pues ya tengo quien me quiera.

Dio la media vuelta y se fue, no lo volví a ver.

Alfredo, el padre de mi hijo, me iba a ver cada semana y me daba dinero para que comprara lo que necesitara. Ya no me daba como cuando empezamos nuestra relación, o tal vez desde que tuvimos el problema. Sé que no cometí ninguna falta, sé que no traté de explicarle, pero pienso que no me hubiera creído, pues la persona que hizo que nos conociéramos fue la que nos separó. No totalmente, pero sí nos separó, pues era más frío, distante. A pesar de todo, yo lo quería, nada más pensaba en él y esperaba el momento en que fuera a verme, pues para mí era una de las razones de mi vida. Él y yo íbamos a tener un bebé, aunque él desde un principio me había dicho que no quería compromisos, yo no pensaba lo mismo. A mí no me importaba la diferencia de edades, pero a él sí. Yo nada más tenía ojos para él; a mí no me importaba nadie más que él. Me decía que saliera, que conociera chavos de mi edad, pero yo no quería, en verdad lo amaba. A pesar de que él era así como dicen, movido, a mí no me importaba, pues era una gran persona. Siempre hablaba con la verdad y eso es lo más valioso para mí, es lo que siempre me enseñaron mis padres.

Llegó el día de mi parto, era domingo, 17 de septiembre de 1995, como a las dos de la mañana. Me empezaron a dar los dolores en

el vientre y le dije a mi hermana que tenía cólicos muy pequeños, que a lo mejor era mi parto.

—Así empiezan a dar, pero todavía te falta mucho para ir al médico para que te revise.

—Está bien, me voy a acostar para dormirme otro rato.

Como a las cinco de la mañana ya no aguanté los dolores. Me volvió a decir lo mismo. Quise volver a acostarme, pero ya no pude, en verdad traía el dolor fuerte; tampoco se acostó mi hermana. Me dio una taza de té de manzanilla para que me dieran más fuerte los dolores y para que me aliviara más rápido, pero no todavía. Hasta que dieron las ocho me llevó al hospital. Me dijo el doctor que me checó que todavía me faltaba mucho, pues apenas tenía uno y medio de dilatación. Para internarme tenía que tener por lo menos seis centímetros. Nos fuimos para la casa. Me dijo que caminara para que me aliviara más rápido. Empecé a dar vueltas alrededor de un nogal hasta la una de la tarde. Fuimos otra vez a que me revisaran, pero todavía tenía muy poco. Ya no quise irme a la casa; nos quedamos allí para seguir caminando y que me bajara mi bebé. Hasta las cinco de la tarde nació una niña de dos kilos setecientos gramos. Fue muy hermoso su nacimiento. Haz de cuenta que vuelves a nacer y tienes a tu bebé entre tus manos. Después de eso, iba a ser una vida muy difícil, pues no tenía con qué pagar el hospital y demás cosas, pues no había guardado nada de dinero de lo que me daba Alfredo. Él me dijo que cuando naciera nuestro hijo, en este caso nuestra hija, que le mandara avisar para ir o mandar a alguien a darme lo necesario. Ese día se quedó mi hermana conmigo, pues en la noche tenía que quedarme internada. Se quedó en el suelo, y en la mañana fue a buscar a Alfredo para que mandara dinero, pero no lo encontró, porque hasta la noche fueron por mí al hospital.

Yo estaba muy feliz, pues lo más grandioso de ser mujer es ser madre. Me sentía realizada, porque eso era una de las cosas que tanto deseaba en mi vida. Conforme pasaban los días, fui viendo

que nos faltaban cosas de comida. Le dije que si se iba a trabajar o yo, aunque todavía no cumplía los cuarenta días de la dieta. Pensé que ella se iría a trabajar, pero no lo hizo, así que me fui yo.

Fui a buscar trabajo en la Irvin, y luego, luego me lo dieron. Primero lloraba mucho, pues no quería separarme de la niña. Mi hermana era la que la cuidaba todos los días, pero hubo veces en que no llegaba a la casa porque andaba en la calle drogándose. Me preocupaba dejarla con mi hija. Pero tenía que hacerme dura, pues debía sacar a la niña adelante. Alfredo nada más me iba a ayudar hasta que me aliviara, no iba a verme y yo no lo iba a buscar. Siempre fui muy orgullosa.

Pasó otro mes y fue a vernos a la niña y a mí. Ese día me dijo que fuéramos a la presa a quedarnos. Hacía mucho frío, pero tapé muy bien a nuestra hija, y ya en la mañana nos fuimos para la casa. Era viernes, por lo tanto no iba a trabajar. Desde ese día, Alfredo volvió a ir cada semana a verme. No podía ir más tiempo ni tan seguido, pues era peligroso para los dos. Tenía que conformarme con lo que podía darme, no lo podía obligar.

Seguí con mi trabajo. Era algo muy duro para mí, pues tenía que levantarme a las tres y media de la mañana, hacer lonche, bañarme, alistar y llevar a la niña a donde me la cuidaban. Aunque hacía mucho frío, no me gustaba faltar ni un solo día, pues me rebajaban bastante por unos minutos que llegara tarde. Por un día me quitaban casi doscientos pesos, y ese dinero me hacía falta. Yo pagaba renta, porque me cuidaran a la niña, pañales, leche, el mandado de la semana, entre otras cosas que necesitaba, por lo tanto, no podía perder ni un solo día de trabajo.

Un día llegaron mis papás del rancho para conocer a la niña. Dice mi mamá que cuando me miró en la cama junto a la niña, le dieron muchos celos, pues yo era su niña, la más chica de las mujeres. Se quedaron unos días ahí y se fueron otra vez para el rancho. Cuando la niña cumplió cuatro meses, se enfermó de neumonía. Ese día tenía mucha fiebre, creí que tenía una simple gripa. La

llevé a la Clínica 13 para que la revisara el médico, y me la bañaron y le dieron medicamento para la gripa. La dieron de alta después de haberla tenido como cuatro horas en el agua. Cuando la saqué, eran como las doce de la noche y hacía mucho frío. En ese entonces no había tantos taxis, y como no tenía mueble, me la tuve que llevar en los brazos, caminando hasta la Porvenir. Después de esos días, empezó a enfermarse peor y la tuvieron que internar, pues la neumonía era muy peligrosa porque estaba muy pequeña. Duró en el hospital internada como quince días. En ese periodo nadie fue a verla, nada más Norma, una vez, y eso porque le debía unos pañales. Todo el tiempo que estuve en el hospital no me bañé, andaba hasta rozada, pues andaba en mi periodo. Alfredo fue un día, pero no supo cómo entrar a ver a la niña. No sabía dónde la tenían y no la vio. En el trabajo me dieron permiso todo el tiempo que necesitara porque avisé lo que le pasaba a la niña. Me la dieron de alta, pero no quise volver a dejar que me la cuidara otra persona que no fuera de mi familia, pues no tenía confianza en nadie.

Después de una semana, mi papá llegó del rancho. Ya se venía con nosotros a vivir. Yo pensé: “Gracias a Dios, voy a tener un apoyo”. Él entró a trabajar de guardia de seguridad, trabajaba las veinticuatro horas y descansaba otras veinticuatro, por lo tanto, él me cuidaba a la niña. Yo volví a entrar a trabajar en Merco; lo bueno de que llegara mi padre fue que también Mine entró a trabajar en Merco, pues era un respeto para nosotros.

Yo había hablado con mi padre sobre Alfredo, por lo que no tenía problema para seguir viéndolo, pues mi papá era de una crítica muy amplia. Además, sabía que nunca me había dejado sola, a pesar de ser casado.

A Alfredo le dieron una golpiza, pues creo que había hecho algo como un gane. Le quebraron dos costillas y lo echaron en el Cereso de Piedras Negras. Cuando me di cuenta de lo que estaba pasando, inmediatamente me fui a verlo hasta allá. Me quedé con

él un día, pero duró muy poco en el Cereso, si acaso dos semanas. Luego que salió, fue a verme, pero no me dijo nada, no tuvimos intimidad. Pienso que quería vernos por última vez, pues se acercó hasta la esquina donde vivía y me pidió que le llevara a la niña. No me dijo nada, sólo quería vernos. Me dio algo de dinero y se fue. Hasta el otro día me dijo uno de sus amigos que se había ido para el otro lado. No lo podía creer, era algo fatal para mí. Yo decía: “¿Por qué no pudo despedirse de mí? ¿Por qué no me dijo que se iba? ¿Por qué no me llevó con él?” Todo lo que pensé era que nunca me quiso, que nunca sintió nada por mí, pues por lo menos me hubiera dicho que se iba. No lo podía asimilar, pues nada más tenía ojos para él y vivía para él. Pero yo me decía: “Eso te pasó por tonta, pues todos los hombres son iguales. Lo que te pasó antes de él no cuenta; eres una tonta romántica que de cualquiera se enamora”.

Desde su partida yo seguí trabajando. Todos los días iba a correr al parque, pues no quería estar gorda, aunque nunca lo fui, siempre tenía eso en mi mente. Mi hermana trabajaba de noche. Aparte de Merco, ella iba los fines de semana a trabajar en El Quijote de mesera. Me invitó y le dije que no, pues quedaba muy cansada del trabajo.

Isneira, mi hija, así le había puesto, necesitaba un andador y un ventilador, que, con lo que ganaba, no completaba. Seguí pagando renta, comida, todo lo de la niña, jugo de frutas, verduras para sus papillas. Quería lo mejor para mi hija, así que me fui a trabajar los fines de semana a El Quijote. Fui nada más dos. Allí conocí a un muchacho, Memo, lo empecé a tratar, pero cuando le presenté a mi hermana, ella luego, luego le echó los perros. A mí me dio mucha vergüenza con el comportamiento de mi hermana, pues el muchacho siempre fue muy respetuoso conmigo. Ya no fui a El Quijote, pero seguimos viéndonos. Él iba hasta la casa, bueno, afuera de la casa, hasta que un día ya no pudimos vernos porque entré a trabajar en Arneses, ya que en Merco me pagaban muy

poco. Renuncié porque pedí un permiso porque no tenía quién me cuidara a la niña, pues a mi papá le tocaba trabajar de supervisor, y no me lo quisieron dar. Se lo dieron a una muchacha que tenía dos días de haber entrado a trabajar y tenía que ir a un bautismo a Monclova. Yo no tenía ningún beneficio y no me pudieron hacer ningún favor, así que era mejor que encontrara otro trabajo.

Éste era mejor, pues había mucho tiempo extra. Yo me quedaba todos los días, mi papá me cuidaba a la niña. Mi hermana llegó un día a presentarme a un amigo que me quería conocer. Estuvimos platicando un rato afuera de la casa, en el carro, y quedamos como amigos. Trató de regalarme una esclava de oro y no la acepté. “¿A cambio de qué?”; no, gracias. Él se alejó una semana, luego volvió para invitarnos a mí y a mi hermana a comer. Fuimos a comprar el pollo del Marcelino’s, le dije que también comprara pollo para mi hermano y mi papá y les compró a todos.

Luego regresó con un ventilador, la esclava y una cadena de oro. Me dio vergüenza seguir rechazándolo, pues se portaba muy bien conmigo. Además, mi papá no me decía nada de él. Yo esperaba que me regañara, pues él era casado. Como vi que no me dijo nada y tomando en cuenta que me iba a ayudar, lo acepté. Empecé una relación con él. Aunque yo trabajaba, lo miraba. Hasta que un día me dijo que se iba para el otro lado a trabajar. Era zapatero, sabía hacer botas y allá le pagan mejor. Duró dos meses. Aunque él me mandaba cincuenta dólares cada quince días, yo no quería volver con él, pues en la fábrica había conocido a un muchacho que en verdad me cautivó, creo que me enamoré a primera vista.

El día que conocí a una persona especial

Cuando íbamos al comedor en la hora del descanso, lo miré *tai-piando* un arnés. Él era jefe de línea cuatro y adelantaba la línea. Estaba parado con su gran sonrisa. Creo que le pasó lo mismo

que a mí, pues desde entonces me empezó a mandar chocolates, y también me mandaba decir que le gustaba, que si no quería salir en el descanso para platicar. Le mandé decir que sí. Me propuso que fuéramos novios; no dudé en decirle que sí. Salíamos en todos los descansos para platicar o, a veces, cenábamos juntos, hasta que un compañero de la línea, me comentó que era casado. Me dolió, pero en la hora del descanso le pregunté si era cierto lo que me habían dicho.

—Tú también me dijiste mentiras. Tienes una niña y no me dijiste nada.

—A mí no me gustan las mentiras. Si querías un cotorreo, mejor me lo hubieras dicho. A mí no me cuesta nada, no tengo nada que perder.

Le di una cachetada y me metí a la planta llorando de coraje, pues yo le había dado el corazón desde el primer momento. Así pasaron algunos días, hasta que me dijo que quería hablar conmigo. Me pidió una oportunidad y seguimos siendo novios. Cuando conocí a otro muchacho que quería andar conmigo, le dije que tenía novio, que lo amaba y que no lo iba a dejar por nadie. Ese muchacho era soltero, muy guapo, pero en el corazón no se manda, uno nada más ama a alguien y así es. Le dije al muchacho, que se llama Javier, que si podíamos ser amigos. Aceptó. Tuvimos una amistad de ocho meses. Él me invitaba a salir al centro, yo nunca quería. A veces íbamos varias parejas juntas a la presa o a otras partes, pues Chuy, mi novio, era amigo de todos los supervisores y ellos se cooperaban para hacer carnes asadas, entre otras cosas. A uno de esos paseos a mí no me invitaron, ni él ni mis amigas. Hasta la mera hora me di cuenta de lo que querían hacer. Le presentaron a una muchacha que era novia de un amigo de Chuy, pero me di cuenta dónde iba a ser la carne asada. Fui y los encontré juntos. Quería tomarles una foto y enseñársela al amigo de Chuy, para que se diera cuenta de la persona que era. Me sentí muy mal, pero creo que ya me estaba acostumbrando

a que me pagaran mal los hombres. Lo único que hice fue irme para la casa. Uno de sus amigos me acompañó hasta el parque Elios, pues dijo que era muy peligrosa la colonia. Le di las gracias por haberme acompañado.

El lunes siguiente, Chuy me habló para pedirme perdón por no haberme dicho que iba a esa carne asada, además, que él nada más estaba platicando con ella. Le dije que ya no quería oír más mentiras, que mejor no me volviera a hablar.

Después le di la oportunidad a Javier de que nos conociéramos, pues lo que yo necesitaba era un hombre soltero, sin ningún compromiso con nadie. Como todos los fines de semana, me invitó a El Quijote a bailar, pero me pidió que me vistiera de mujer, pues mi vestimenta eran unos pantalones holgados, dizque cholos, y siempre traía un top, pero encima traía una chamarrita. El viernes nadie me reconocía, pues llevaba un vestido de lycra entallado. Como nadie antes me había visto así, todos volteaban a verme y me chiflaban, pues tenía un cuerpo muy bonito: era talla cinco, medía noventa y cuatro de hombros, cincuenta y tres de cintura y noventa y siete de cadera; me miraba muy bonita.

Nos fuimos a El Quijote, bailamos, me invitó una cerveza, me tomé dos. Me fue a dejar a la casa, pero todavía no lo acepté. A la siguiente semana volvimos a salir y, cuando andábamos bailando y ya tomados, nos dimos un beso en la boca. Sentí algo inesperado, me gustó mucho. Fue algo que no había sentido antes, no quería separarme de él y, aunque nadie me crea, sentí que él iba a ser para mí. Al mismo tiempo, me dio coraje, pues yo pensaba: “No puedo andar con ese jarocho”. Aunque era buen muchacho, muy respetuoso y guapo, delgado, aperlado, de ojos rasgados, labios rojos carnosos que a cualquier mujer podían cautivar, yo me resistía. Ese día que nos dimos el beso, lo retiré. Le pedí que me fuera a dejar a la casa. No dijimos nada, nos quedamos en total silencio.

Para el lunes me preguntó qué iba a pasar con eso. Contesté que lo único que quería era ese beso, que se me antojaron sus labios y

que ya los había tenido, por lo tanto, que no volviera a acercarse a mí. Seguía enamorada de Chuy, aunque sabía que era casado, pero yo no era de las mujeres a las que les gustaba andar deshaciendo matrimonios; por lo tanto, era mejor que no lo volviera a ver, ni a Chuy ni a Javier.

Un día iba a haber una fiesta en El Coco Loco. Era invitada de honor, pues un *foreman* divorciado me tiraba el can y me pidió que fuera su acompañante ese día. Llegué tarde, porque fui a Santa Teresa con mi amiga Lupe por su carro y, cuando llegamos, estaba lleno. No quería que me mirara Leo Valle, el *foreman*, pues, ¿qué iban a pensar todos mis pretendientes de mí? Sin embargo, Leo se percató en seguida de que estaba allí y me sacó a bailar. Acepté, pues Javier andaba bailando con su dizque novia. Sentí coraje, por lo que abracé mucho a Leo para provocarle celos. No podía dejar que me humillara. Leo me dio un beso; le correspondí.

Cuando terminó la disco, Lupe, su novio, Leo, la chaparra, la morena, su novio y yo nos íbamos a ir a la presa. Cuando nos subíamos al coche, vi a Javier con otro muchacho. En el camino, yo iba con un pie para el lado de Leo, andaba tomada, pero trataba de que no se me mirara la tanga, pues además de Leo, iban otros hombres, por eso me cuidaba.

Aunque me quedara tiempo extra o me fuera a algún lado, yo llegaba el sábado toda desvelada. No dormía hasta llevar a mi mamá y a la niña al mandado o a comer al centro, no dormía hasta que volvía. Quiero aclarar que ese día no hice nada indebido con Leo, pero en la fábrica andaban los rumores de que enseñé todos los *chones*, y de que empecé una relación con Leo, en fin, muchas barbaridades. Como yo sabía que no era cierto, me valía lo que dijeran. Lo que nos unía a Leo Valle y a mí era otra cosa. Yo le hacía favor de llevarle a la fábrica un sobre de cocaína, pues en la Porvenir vendían, y como allí vivía, me quedaba en corto, no me costaba nada llevársela. Aunque él quería algo más, a mí no me importaba, aunque era un buen partido, pues era divorciado, tenía casa, carro, buen trabajo y no

era feo. Pero yo no quería nada de eso. Lo que me interesa como persona es que sea bueno, honesto, inteligente, que no sea vicioso, sin tatuajes, por eso me llamaba la atención Javier, aunque había algo que no me gustaba de él, pues era demasiado tímido, es decir, respetuoso, nunca me agarraba de la mano. Yo pensaba que me tenía miedo o que era raro. Pero después del beso que nos dimos en El Quijote, no podía dejar de pensar en él, creo que me había cautivado. Como siempre, fui muy orgullosa, no quería dar mi brazo a torcer, por eso no decía nada cuando lo miraba en la fábrica.

Un día se fue la luz en la fábrica. Todos estábamos en la orilla, pues nada más se prendían las luces de emergencia, cuando vi pasar a Javier. La chaparra estaba a un lado de mí y dijo: “Voy a decirle que le hablas”. “Estás loca, no vayas”, dije y no hizo caso. Después, él no dejó de decirme que si quería andar con él. Ya me había aburrido que me dijera una y otra vez que fuera su novia, que me quería. Lo pensé por algún tiempo, pues tenía miedo, pero también estaba aburrida de estar sola con mi hija y batallar tanto, y lo acepté. Ese día, cuando salimos, Javier quiso ir con mi papá para hablar con él, pues no quería que fuéramos novios, sino también que nos casáramos. Le dije que lo pensara, pues yo ya tenía una hija y era mucha responsabilidad. No fue a hablar con mi papá, sino que seguimos con el noviazgo.

Así duramos quince días y nos juntamos, pues mi papá no aceptó nuestra relación, porque decía: “¿Cómo te vas a casar con un jarocho en lugar de mejorar la raza? Mejor te hubieras casado con uno del otro lado”. Eso no fue todo, cuando decidimos casarnos, fuimos a hacer los trámites, análisis, pláticas y a apartar el día, pero no encontrábamos los papeles de análisis y no pudimos casarnos. Me sentía muy mal con Javier, pues era un buen muchacho; aunque era menor dos años, era responsable. Después de eso, presentí que habría muchos problemas.

Al cabo de unos días, llegó mi mamá de San Pedro y conoció a Javier. A ella le pareció muy bueno que ya tuviera pareja. Estuvo

una semana y, cuando se fue, me pidió prestada a Isneira para que no batallara con ella, ni yo ni mi hermana, que estaba embarazada.

Javier y yo seguimos trabajando muy duro para hacer algo, no había momento en que mi hermana no se metiera con nosotros. Salíamos de pleito. Aunque Javier era muy consciente, siempre me daba la razón en todo lo que le decía. A veces teníamos algún disgusto. Uno de los primeros fue que mi mamá me mandó decir que le mandara dinero para que me trajera a Isneira del rancho. Se lo mandé pero no llegaron. Me sentí desesperada, hasta tuve pesadillas en la noche, pues pensé que algo le había pasado a la niña o que no me la quería traer. Pasó una semana más. Cuando llegaron, decidí que no me iba a volver a separar de la niña jamás, pues me sentí morir de pensar que no la volvería a tener entre mis brazos.

Mi mamá decidió venirse con mi papá, ya no regresó al rancho, pues nada más estaba mi hermano Miguel. Él no quería venir a Acuña a causa de mis hermanas, pues sentía resentimiento hacia ellas, ya que nunca apoyaron a mis padres después de dejarles dos niñas. Era una responsabilidad que no les correspondía, por lo tanto, mi hermano odiaba a Norma y a Minerva.

Me di cuenta de que estaba embarazada. Fue una alegría para mí y para mi esposo, pues nos amábamos a pesar de tantos problemillas que teníamos. Había momentos en los que parecíamos no tenerlos y nos sentíamos felices. En mi embarazo tuve muchos ascos y no podía estar cerca de Javier porque empezaba a vomitar, no podía comer nada, todo me caía mal, miraba la comida y me daban náuseas.

En la fábrica me cambiaron de día. Ahí empezó otro problema. Como Javier se tenía que quedar de noche, sus celos eran incontenibles. Cada que miraba que besaba a mi madre o a mi padre, no me decía nada, pero su rostro palidecía de coraje. No le puse tanta atención en ese tiempo, pues pensé: “A lo mejor se le pasa; además, ni me dijo nada”.

Un día, en la fábrica, llegó a verme. Me habían cambiado a la planta 3. En lugar de darme un beso o decirme: “¿Cómo estás, amor?”, sólo estaba enojado. Lo quise besar y no se dejó. Me quería morir de tristeza. Sentía que él tenía que quererme aún más, pues le iba a dar un hijo, pero no. Me di la vuelta y me metí a la planta llorando. Me encontré con un ex novio, Elio. Me preguntó por qué lloraba. No le pude decir nada. Me invitó a comer algo. Era el último descanso y lo acompañé. Me preguntó qué quería de comer, que él lo iba a pagar. Le pedí una rebanada de pastel. Él pidió unos fritos con queso, una soda, y que me sirvieran un vaso de leche para que acompañara el pastel.

Después de ese día, él fue un amigo incondicional que quería verme bien, pues yo estaba totalmente demacrada por el embarazo. Los días pasaron y Javier me comprendía menos. Yo le platicaba a mi amigo cómo iban las cosas entre nosotros. Me comentó que no me juntara con Javier, que no me merecía, que no era porque fuera jarocho, sino por cómo me trataba, que lo único que necesitaba era a alguien que me amara de verdad. Él me habló de lo que sentía por mí. Me tomó de la mano, me miró a los ojos y me pidió una oportunidad. Dijo que siempre había estado enamorado de mí, que él se hacía responsable de la niña y de lo que tuviera, que le daba sus apellidos, que él iba a querer a lo que tuviera como si fuera su padre. Le respondí que no, que yo amaba a Javier, y que por nada del mundo lo iba a cambiar por nadie, pues él me había dado una oportunidad.

A pesar de tener tantos problemas, sentía que él me quería tanto como yo, pues el amor se siente en cada momento de tu vida. Javier andaba un poco celoso, pero era lógico, pues no lo miraba porque se quedaba tiempo extra hasta las siete de la mañana, y yo entraba a esa hora, así que en toda la semana no lo miraba y nuestra relación se enfrió.

Mi hermana se fue a vivir con su suegra y se llevó todas sus cosas. En la semana regresó por una cama que mi hermano Rigo

le había vendido. Esa cama tenía historia. Yo la había comprado, pero se la di a Rigo para que se quedaran él y Bere, la muchachita con la que se juntó, pues él nunca había comprado nada, todo lo que tenía yo se lo había regalado. Así que tuvimos un problema, pues Mini fue por la cama y le decía a mi mamá que no iba a dar otra vuelta, que no pagaría otra vez, que la quería ya. Mi mamá estaba muy triste, pues en esa cama dormían mis papás. Le dije a mi mamá que no llorara, que dejara que se la llevara, que después le compraba otra y, que, además, iba a pagar con Dios todo lo que les hacía. Y se la llevó.

Cuando llegó mi papá, él sintió tanta tristeza que le dio un infarto de desilusión, de desconuelo, pues mi hermana era una de las hijas más queridas por mis padres. Ese día lo internaron en el hospital. Cuando llegué a preguntar sobre su enfermedad, él iba saliendo, ya no pude saber lo que le había pasado. Al preguntarle cómo estaba, contestó que sólo había sido un aviso, un infarto.

En la casa hablé con Javier, pues no quería que mi papá siguiera trabajando. Sentía que él ya había hecho más que suficiente por nosotros, y que ahora nos tocaba a los hijos corresponder a todo lo que sacrificó. Javier, como buen esposo, aceptó ayudarme. Mis hermanos dijeron que sí, pero no lo hicieron; después de dos semanas, ya se habían aburrido. Así que mi papá volvió al trabajo, pues no quería ser una carga para Javier y para mí. Además, pensaba que si le pasaba otra cosa, iba a dejar a mi mamá sin nada, ni una pensión. Por eso mi papá regresó a trabajar.

A la semana le volvió a dar un infarto. Cuando llegamos los hermanos al hospital, menos Miguel y Raúl que no estaban aquí todavía, fue una sorpresa lo que nos dijo el doctor: mi papá ya tenía muy dañado su corazón y no se podía hacer nada; lo mejor era que todos sus hijos nos reuniéramos.

Le avisé a Mini, luego a los muchachos que estaban en el rancho; de inmediato vinieron. Pasaron dos semanas y mi papá seguía igual. Le hicieron estudios de los pulmones; estaban totalmente

deshechos. Fueron días muy tristes para nosotros, pues mi papá era un gran hombre, honesto, trabajador, inteligente, honrado. No porque yo lo diga, pero pocos hombres como él, puesto que también era de una gran nobleza, que jamás he vuelto a ver en ninguna otra persona.

Convivimos todavía dos semanas con mi padre en el hospital antes de su deceso. Una de las enfermeras le dijo que si quería, lo bañaba, que ella lo ayudaba. Como hija, le ofrecí a la enfermera bañarlo si a él no le daba vergüenza. Lo bañé, lo rasuré, lo peiné, lo puse guapo, sin pensar que se acercaba su muerte. Ese día me estuvo platicando que no quería ver a Minerva, que no le perdonaba lo que les había hecho. Le dije que no fuera rencoroso, puesto que ya lo había pagado muy caro: a la semana de llevarse la cama, el cuarto de madera donde vivían se les había quemado, nada les había quedado, ni siquiera el cheque de la semana que se habían ganado. No obstante, mi padre no quería darle su perdón. Ella estaba embarazada y casi por dar a luz. Entonces decidió que ella entrara a verlo; los dejé solos para que platicaran.

Dos días pasaron. Estábamos en la casa y llegó mi papá en una ambulancia, que ya lo habían dado de alta; iba con todo y medicamento, mi mamá lo acompañaba. Nos sorprendimos de que lo hubieran dado de alta. Ese día estuvo muy bien. No sabía qué darle de cenar, pues no le habían dado indicaciones a mi mamá y ella no decía nada. Esa noche cenó muy bien, le dimos el medicamento. Nunca pensé que fuera a ser la última que pasaría con nosotros. Como las siete de la mañana, mi papá intentó levantarse al baño; mi mamá lo acompañaba. Cuando salí, sentí que algo estaba mal. Me levanté, se levantaron todos a ayudar. Mis hermanos lo cargaron hasta la cama mientras yo corría a conseguir en qué llevarlo al hospital. El vecino hizo el favor. Mis hermanos se llevaron a mi papá, yo no pude ir con ellos. Le comenté a Javier que mi papá ya había terminado, y yo sentía un vacío en el corazón. Empecé a llorar. Javier me decía que no llorara, que todo saldría bien,

pero yo no lo sentía así. Nos pusimos los zapatos y decidí ir al hospital a ver qué había pasado con mi papá. Cuando llegamos, nos estaban esperando con las puertas abiertas para que pasáramos todos a verlo. Me sentía triste, no es fácil cuando alguien se va de este mundo. Como hija, no sentía nada más tristeza, sino rencor con algunos de mi familia que, como hijos, nunca hicimos todo lo que mi papá esperaba de nosotros. No supimos valorar lo que fue para nosotros; él nunca nos enseñó cosas malas ni indebidas, todo lo contrario, siempre nos apoyó cuando más lo necesitábamos. Siempre nos dio muy buenos consejos, creo que nosotros no agarramos ninguno.

Martina arregló todo lo del sepulcro y dónde lo íbamos a velar. Pedí permiso en la fábrica, y me dieron dos días con goce de sueldo. En la funeraria, cuando velábamos a mi papá, como a las tres de la mañana llegaron todos mis amigos y amigas. Chuy los acompañaba para darme el pésame. Javier no se dio cuenta de que Chuy venía, si no, se hubiera hecho un relajo con eso. Fuimos a la misa, luego lo llevamos al panteón de Dolores. Eso para mí fue lo más doloroso, dejar el cuerpo de mi padre, pues miraba a mis hermanos cómo sufrían su partida. Yo también sentía lo mismo, pero en el fondo de mi corazón sabía que había tratado de hacer feliz a mi papá, pues había convivido aun más que todos con él. Para mí era más que mi padre, era un buen amigo, un compañero, confidente... Por eso yo no podía ponerme triste, pero al ver a mis hermanos llorar, se me destrozaba el corazón. A pesar de ser mayores que yo, parecían unos chiquillos, como que les habían quitado la mamila. También se me venía a la mente que ya no iba a sufrir y tenía la certeza de que él había viajado a un lugar mejor, en el cual me estaría esperando.

Meses después del sepelio, Javier y yo decidimos tener otro hijo. Cuando yo trabajaba en Peasa, también tuve achaques. Pasaron siete meses, y Javier me hizo algo que me dolió mucho. Un día que salimos mi mamá y yo de la casa, se quedaron Cindy y Javier.

Ella tenía trece años. Cuando regresamos de la calle, Javier quería tocarle las piernas a Cindy, ella se hacía a un lado y se reía. Yo lo miré, reaccioné muy rápido, agarré una escoba y empecé a pegarle a Javier en la cabeza con lágrimas en los ojos de coraje. Mi mamá me quitó la escoba. Sentí aún más coraje, pues en una ocasión le advertí a mi mamá que Cindy andaba volada con Javier, y ella me había dicho que era yo una perra, que cómo podía pensar eso de mi sobrina. Del coraje me sentí mal, me ahogaba con el llanto.

Me fui a la casa de una amiga para que no me miraran mi mamá ni Javier, pues no quería saber nada de ellos dos, más que de Cindy, pues mi mamá se ponía de parte suya. Cuando oscureció, me fui para mi casa. Javier me estaba esperando para hablar conmigo, pero le dije que no quería por ahora, pues sentía coraje y no podía pensar ni decir nada. Quería descansar.

Luego de unos días, me dieron las contracciones para dar a luz. Le hablé a Javier; eran como las cinco de la mañana. Me contestó que si era muy urgente, que todavía iba a trabajar a la fábrica o para avisar. Le contesté que se fuera, que todavía tenía las contracciones lentas, así que le daba tiempo; si no, que me llevara mi cuñado Elio, esposo de Martina. Se fue a avisar, pero no llegaba. Como las diez de la mañana, no aguantaba los dolores y le avisé a mi hermana para que mi cuñado me llevara a ese parto. Fue muy rápido; todavía no llegaba Javier y yo ya había tenido a la niña. Por cierto, la doctora me preguntó si mi esposo era de Veracruz, porque había tenido una jaroquita. Me reí, pues era verdad lo que me decía. A mí en lo particular se me hacía hermosa, estaba muy gordita, y siempre había deseado tener un bebé así. Por eso, y porque nació sana, le di gracias a Dios por haberme dado mi alivio, pues aunque sean partos fáciles, también se corren riesgos. Pasaron los cuarenta días del parto y le dije a Javier que quería trabajar, pues pagábamos renta y nos hacían falta algunas cosas, que, como quiera, a la niña me la iba a cuidar mi mamá. Javier dijo que me esperara a tener cuatro meses para que estuviera más grande.

Me fui a trabajar. Pero pasaron los días y todavía sentía resentimiento por lo de Javier y Cindy. Empecé a oír y ver cosas, como sombras, y también oía que me hablaban, y la tele se prendía sola. Pienso que me impresionó algo que había pasado en esos días. Una señora que vivía por la casa había asesinado al señor, y como mi hermana a veces la visitaba, hubo veces en que la vi en casa de mi hermana. Me entró miedo y pienso que fue por eso que empecé con los nervios; también por lo de Javier, pues no había superado lo que me había hecho.

Pasaron años, hasta que se me olvidó lo que me había hecho. Aunque sentía que algo del amor por Javier había muerto. A los dos años, salí otra vez embarazada, a pesar de que me cuidaba para no tener bebés. Javier se enojó tanto que quería que abortara, no quería más hijos, era lo mejor, que si no, me dejaría. Le contesté que me dejara, pero que iba a tener a mi hijo, que no iba a matar a un inocente, y como no era capaz de hacerlo, mejor que se fuera. No se fue.

Terminó ese problema con Javier cuando me di cuenta de que me estaba engañando. Él nunca quería estar conmigo y tampoco quería estar en casa los fines de semana ni convivir. Por eso empecé a desconfiar. Lo seguí hasta la fábrica, así como estaba, con siete meses de embarazo. Cuando llegué, él platicaba con una de mis sobrinas, Yessica, a la que no le hablaba. Me dio mucho coraje que me echara tantas mentiras y que no le hablara en la casa, pero en la fábrica sí. Me di la vuelta y regresé a la casa caminando. Él me siguió, me hablaba y no le contesté. Me agaché para agarrar una botella de vidrio y tirársela. Sentía tanto coraje que quería matarlo, o que se desapareciera de mi vista. Me siguió hasta la casa, y al llegar, le dije que se fuera, que no quería volver a verlo y que no lo quería cerca de mí, pues lo único que sabía era hacerme daño. Ese día se fue de la casa.

Me quedé llorando por todo lo que pasaba en mi vida, pues otra vez sospechaba de una nueva traición. Al día siguiente volvió

por su ropa; le dije que estaba bien. Me llevó mandado para los niños. Así empezó a acercarse otra vez y lo acepté porque faltaba poco para que me aliviara.

Empezó otra vez nuestra relación, más separada el uno del otro, pero lo intentamos. Tuve a Javiercito. Ustedes saben que lo más bonito de ser mujer es ser madre, y otra vez lo era. Sentí una tremenda emoción, pues era varón y se parecía mucho a José Antonio, mi segundo hijo. Era por eso y más que sentía tanta emoción.

Pasaron dos años y salí otra vez embarazada. Javier ya no dijo nada, excepto decirme que ojalá fuera niña. Y así fue. En el transcurso de mi embarazo trabajaba con doña Chabelita haciendo tortillas de harina. Hacía hasta veinte kilos, a veces veinticinco, y caminaba desde Fundadores hasta la calle Cobre a las dos de la mañana y salía a las tres de la tarde. Llegaba a lavar ropa y a atender a Javier y a los niños.

Agarré dos tandas de dos mil pesos para dar el enganche de un terreno, pues ya teníamos como siete años de pagar renta y no era justo que siguiéramos así, por lo tanto, había que sacrificarnos para hacer algo. En ese tiempo, a mi hermano lo había dejado mi cuñada Mary y a él le habían entregado su casa. Nos la prestó con una condición, que pagáramos el contrato de agua y de luz, y así lo hicimos, pues palabra era palabra.

Se acercó pronto el momento que tenía que dejar de trabajar, pues ya estaba muy gorda y me hinchaba mucho. Todavía faltaban dos números de la tanda y batallamos un poco, pero salimos adelante al entregar a tiempo el dinero. Pero cuando nos tocó, Javier empezó a decirme que si le prestaba para invertirlo, porque él quería prestar dinero a crédito y yo, como siempre, le dije que sí. El muy tonto le prestó nada más a una persona dos mil pesos; a Rigo, mi hermano, le prestó otros mil, y los demás no sé ni a quién. Total, que no le querían pagar. Fuimos con el señor para hablar con él, y el muy cínico dijo que no tenía dinero, que esperara para pagármelo; fue otro problema para nosotros. Además, mi cuñada empezó a pelear

con mi hermano para que nos saliéramos de la casa, que la desocupáramos, y Javier no quería; decía que no nos saldríamos de ahí. Entonces me enojé y empecé a pelear con él: la casa era de ellos.

Renté una casa cerca del trabajo y me cambié. Me dijo que era lo que él quería, que yo tomara las primeras decisiones. Entré a trabajar con doña Chabelita de nuevo. Le dije a Javier que era mejor que sacara una casa del Infonavit, y contestó que no, pues nunca acababas de pagar. Le dije que él no quería, que nunca me había visto como su mujer, que nada más cuando le interesaba, y lo convencí de que lo hiciera. Pero hubo algo que no me gustó, la casa quedaba muy lejos de con mi mamá. Le comenté eso a Javier y dijo que era por eso por lo que le gustaba, así mi mamá no iba a estar de metiche. Me enojé y le contesté que era egoísta, pues ella nos apoyaba en lo que podía, y si se metía, era por una gran razón: decirnos lo que estaba mal.

Nos cambiamos a Acoros. A Javier todos los días le daban tiempo extra y yo también trabajaba; me pagaban bien. En vez de comprar muebles, los sacamos fiados. Él nunca me entregaba el dinero, le tenía que pedir para lo que necesitaba. Tuvimos un acuerdo en el que yo compraba el mandado y él juntaba para comprar lo que nos hacía falta, como muebles, ropa, zapatos, entre otras cosas, pero él salió con que quería que saliéramos un rato a divertirnos. Le decía que no, pues ya teníamos muchos niños y era un gasto innecesario. No teníamos dinero para esas cosas. Me decía que, entonces, se iba a ir con sus amigos, y yo accedía.

Nos íbamos a la disco y nos gastábamos lo ahorrado, era algo que a mí no me gustaba; se suponía que era para cuando necesitáramos dinero. Me endrogué con cosas para la casa. Entonces Wendy, la más pequeña, se me enfermó de rotavirus. Primero no sabía qué era, pues empezó con gripa. Después de un día, siguió con diarrea, luego vómito. La llevé al hospital y me dijeron que era una simple gripa, que con el medicamento se le iba a quitar, y confié en eso. Pasó todo el día y seguía igual. Volví a llevarla a

que la revisaran, el médico me dio otro medicamento y dijo que con eso se le iba a quitar. Pero no se le quitó nada, al contrario, siguió. Sentí desesperación por no tener dinero para llevarla con otro médico, pues en el Seguro no miraba ninguna mejoría. Javier decidió ir a ver a un amigo para ver si le prestaba dinero. Se fue como a las nueve de la mañana a la Martínez y Martínez a ver si lo encontraba. Y yo, como a las seis de la tarde, estaba desesperada, pues ni siquiera tenía dinero para el taxi. Como quiera, cambié a la niña y me bañé, por si llegaba Javier, para irnos inmediatamente. Llegó a tiempo y nos fuimos al hospital para que revisaran a la niña.

Llegué a la ventanilla a dejar la tarjeta y me senté. Una señora que estaba cerca me comentó que había más señoras que traían niños enfermos de lo mismo y que se los habían llevado a la Clínica 13, que era mejor, que no me esperara, y le hice caso. Nos fuimos para allá. Cuando llegamos, luego, luego nos atendieron. Adentro nos tuvimos que esperar un rato, pues había como diez niños antes que nosotros. Cuando le tocó a la niña, no le encontraban ninguna vena. Le doblaron la mano y saltó la sangre, me puse nerviosa; sentí que algo me corría de arriba abajo y que se me iba la luz. Un doctor me dijo que me sentara. Luego me sacaron de ahí y un enfermero me dijo que no podía quedarme a cuidar a la niña. Me sentía más desesperada, pues algo me decía que la niña estaba muy grave. Salí y le dije a Javier lo que pasaba. Me dijo que me fuera para la casa, le contesté que no, que ahí me quedaba por si se ofrecía algo.

Al otro día Javier se tuvo que ir al trabajo, así que me quedé todo el día. En la tarde llegó y me dijo que me fuera a dormir. Le conté que había dormido a ratos, pero le hablé por teléfono a mi mamá para saber cómo estaban los niños. Mi mamá me comentó que la niña de Cindy se había enfermado de lo mismo. Le advertí que tuvieran cuidado, pues era una epidemia, y que los niños pronto se deshidratan por el vómito, que no la fueran a dejar, que era grave. Pasó otro día y yo en el hospital. En la tarde fui a ver a los niños, pues me preocupaba que se me fueran a enfermar igual.

Regresé al hospital para quedarme en la noche con la niña, pero Javier me dijo que no, que él se quería quedar, que me fuera a dormir. Le contesté que me iba a quedar afuera. Le hablé a mi mamá por teléfono para ver cómo estaba mi sobrina, y me contestó que bien, que había estado internada en el Hospital General y que Cindy, su mamá, la había sacado porque no la quería cuidar. Al terminar de hablar por teléfono, me dijeron que al día siguiente darían de alta a la niña, que no me preocupara, que ya estaba mucho mejor. Que al ingresar estaba en estado de *shock* y que por poco se moría, pero que, gracias a Dios, llegamos a tiempo.

Mi esposo me dijo: “Vete, no te preocupes, no has dormido bien, es mejor que te vayas”. Nada más traía cuarenta pesos y no me podía regresar a la casa, pues no nos alcanzaba el dinero. Me dijo que me fuera en taxi y que mi mamá lo pagara. Insistió tanto que me fui a dormir. Pero no a casa de mi mamá, porque si me iba allá, no iba a poder dormir. Decidí irme hasta Acoros, y en la mañana regresé a la clínica para recoger a la niña y a Javier.

Cuando regresamos a la casa de mi mamá, corrí para pedirle que me pagara el taxi, pero me encontré con una pesadilla. Al entrar me dijeron: “Joselin está muerta”. Sentí que me iba a desmayar, pues la miré tendida. Fue algo espantoso, yo iba muy contenta porque mi niña estaba bien, y no podía creer con lo que me había encontrado. En la noche había hablado con mi mamá y me dijo que estaba bien, que no me preocupara, por eso me espanté. En poco tiempo se había deshidratado. Me sentí culpable por la muerte de la niña, porque si me hubiera ido a la casa, la habría llevado al hospital, no dejaría que se muriera. Mi mamá no pudo hacer nada, pues ella cuidaba a mis niños, ¿cómo la llevaba? Yo pensaba: “¿Cómo pudo pasar eso, cómo pudo ser posible?” Todos querían muchísimo a esa niña y nadie pudo llevarla al hospital. Nadie pudo quedarse con ella. Eso me llenó de culpas, pues ella era un ser inocente, inofensivo que no podía hacer a nadie algún mal, ¿cómo podía pasar todo eso?

Mi sobrina me decía que ella la había sacado del hospital porque no tenía dinero. La empecé a regañar: ésa no era ninguna excusa, uno como madre, por sus hijos, es capaz de muchas cosas porque no les pase nada. No le salía ni una lágrima. Sentí que no amaba a su hija, que ni siquiera la quiso, pues no se miraba que le doliera su muerte. Javier y yo le ayudamos con dinero, aunque con nada podríamos repararla. A lo mejor inconscientemente le hicimos daño a la niña, pues fue la vida de ella la que se perdió, y no la de la niña de Cindy.

A los dos días tuve un sueño. Todo era blanco y negro, la niña estaba parada a la orilla del tren y yo estaba a su lado. La niña me dijo que le daba miedo cruzar, que le ayudara, pues tenía miedo de perderse. La tomé de la mano y subí con ella en el tren donde viajaban puros muertos, y nos perdimos. Desperté, fue un sueño muy raro, pues no tuve miedo de seguirla, al contrario, quería ayudarla de algún modo.

Javier ya no quiso que fuera a trabajar por lo que había pasado, y empezaron nuevos problemas. Javier no podía solo con los gastos de la casa y pidió un préstamo de ocho mil pesos en la Financiera, que para pagar deudas, pues él había pedido dinero a crédito y le cobraban mucho de interés. Me pidió mi opinión y le dije que él tenía que decidir, pues siempre ha pensado que nunca lo dejo hacer nada, que lo trato como niño y, no obstante, le tengo envidia. Por eso, cuando me preguntó, le dije que él sabía. Y lo pidió. Pagó el dinero que se debía a crédito y no alcanzó para pagar a los aboneros; nada más les pagó a dos. Y empezaron los verdaderos problemas. Él renegaba de que pagaba mucho en la Financiera, que ya no se iba a quedar tiempo extra, que él no me había dicho que me endrogara, en fin.

Un día llegó mi suegra a visitarnos. Les dije a los niños que la recibieran bien, que no quería que fueran groseros con su abuelita, que se portaran lo mejor posible, pues era una señora muy estricta y, por lo tanto, había muchas cosas que a ella no le gustaban.

Arreglé lo más posible la casa para que la encontrara limpia, pues era una persona especial. Fuimos a recogerla los niños y yo, pues Javier andaba en el trabajo. Llegó muy bien, nos fuimos para la casa. Pasó el fin de semana. Fuimos a la misa de diez, me la llevé a La Pulga a comer y en la tarde a caminar para que visitara a sus parientes. El lunes en la mañana desayunamos, arreglé a los niños para que Javier los llevara a la escuela, y ella le pidió acompañarlos. Se fueron todos, menos los niños más chicos. Recogí la casa y no regresaban. Cuando llegó mi suegra, empezó a decirme que cómo era posible que tuviera tan endrogado a Javier, que como mujer, nunca le había servido, que era mejor que lo dejara, que si no, se lo iba a llevar a Veracruz.

Al rato llegó Javier y le hablé para que fuera detrás de la casa, pues quería hablarle. Le dije lo que le había dicho a su mamá, que si quería irse con ella, estaba bien, y que como yo ya no tenía nada que hacer ahí, me llevaba mis cosas. Traté de cerrar la puerta para bañarme y él trató de abrirla. Con toda intención me apachurró la mano con la perilla y se me abrió la piel de un dedo. Empecé a llorar, me soltó. Caminé al cuarto y agarré el cinto que tenía una hebilla muy grande para darle en la cara a mi esposo, pero miré a mis hijos y me detuve. Él trató de golpearme, pero mi suegra lo regañó. Salí con mis hijos. Le hice saber que quería todas mis cosas y que al día siguiente regresaba por ellas.

Lo dejé sin nada más que la cama. Después de una semana, él empezó a ir a casa de mi mamá, pues mi suegra ya se había ido a Veracruz. Lo cité en el DIF para terminar con todo lo que nos unía, pues no quería nada con él, estaba harta de que fuera así.

Fuimos a la cita y, estando ahí, el licenciado nos preguntó si no sentíamos nada el uno por el otro, que si no recordábamos cada momento de nuestra relación. Él me abrazó, no en ese momento, sino cuando íbamos por el Fifi, y empezamos a platicar de nosotros. Me dijo que todavía me amaba, que regresáramos.

Me llevé de nuevo todas las cosas para la casa. Empezó a decir que quería ir a Veracruz para ver si encontraba trabajo en

plataformas, además, ya quería irse con su familia. Le dije que si encontraba trabajo, me iba con él. Le arreglé su ropa, lo acompañé hasta el camión. A los niños los dejé dormidos en casa. No quise ver cuando se fuera, por eso me regresé enseguida. Me dolía verlo partir, pero tampoco lo iba a tener siempre al lado. Era lo mejor. Además, ahí iba a saber si en verdad nos quería.

En la semana se me enfermó la niña y después el niño, ella de colitis y el otro de vómito, pues con lo que tenía para darles de comer no me alcanzaba más que para frijoles, harina, huevo, papas, lo más indispensable. Le hablé el sábado para ver cómo estaba. Me contestó él y dijo que ya estaba trabajando, pero que la semana se quedaba sin fondos y no podría mandarme nada. Que no me desesperara, que pronto nos íbamos a ir para Veracruz.

Llegó la quincena y nada más me mandó cuatrocientos pesos, por lo que le debía a su mamá. Me habló por teléfono el sábado; yo le hablé el domingo, no estaba. Después, le hablé el lunes, que ya había llegado, pero que andaba en misa. Luego nunca lo encontraba, hasta que él me habló y le pregunté qué pasaba. Me contestó que nada, que todo estaba bien, pero que como trabajaba en Minatitlán, se tardaba en llegar a Jáltipan y, a veces, llegaba aburrido y se iba con su primo José, que él estaba bien y que dejara de estar de celosa.

Un día hablé, Javier contestó, y se acabó la tarjeta. En lo que fui de la esquina a la casa, él ya no estaba, dijo mi suegra. Desconfié de Javier. No era lógico que si ganaba mil setecientos por semana, nada más me mandara cuatrocientos. Luego se me vino a la mente que su mamá se lo había llevado con toda la intención de que me dejara, pues ella nunca me había aceptado. Pensé que Javier no volvería. Sólo había regresado para no sentirse culpable de nada, por eso quería que me quedara en la casa.

Las cosas empezaron a dar vueltas en mi cabeza, pues todo fue con intención de que me dejara. Tragué saliva y me contuve de llorar. Tenía que ser muy fuerte para sacar a mis hijos adelante. Sabía que no iba a ser nada fácil, pues no tenía quién me ayudara a

cuidarlos para que trabajara. No sabía cómo le iba a hacer, pero tenía que sacar dinero de algún modo.

El último beso

Una vecina nueva acababa de cambiarse atrás de donde vivíamos. Eran ella y su tía, pero como nadie las conocía, nadie quería hacerles favores. Me los pidieron a mí y empezamos a hablar. Un día, me dijeron que si quería ir un rato a Laberintos para que me distrajera, “quién quita y conoces a alguien importante, o al menos a alguien que te ayude con tus hijos”. Me animé, le encargué los niños a mi mamá, me regañó, pero le dije que Javier nunca me había querido, y que no lo iba a estar esperando.

Nos fuimos, pero la vecina me dijo que no traíamos para el taxi de regreso, que fuéramos un rato al Tochos para sacar para el taxi. Entré espantada, era un lugar horrible, oscuro, olía mal y el baño de los hombres no tenía puerta. Gris, mi amiga, me dijo que iba a bailar con alguien, creo que ya lo conocía, pues en cuanto la sacó a bailar, ella aceptó.

Me quedé parada mirándolos. Después de cinco canciones, ella se salió. El señor le ofreció una cerveza; la tomó. Otra vez bailaron. Pero, de pronto, ella se salió y me pidió que fuera a bailar con el señor, pues había llegado un muchacho con el que había quedado de acuerdo para verse.

No me di cuenta luego, luego, sino después de un rato, por la actitud de ella. Seguí bailando con el señor, pues me estaba pagando las canciones. Ya llevaba varias y, de pronto, el señor me insinuó cosas, que si íbamos al hotel y que cuánto le cobraba. Le contesté que sí, pero fue para que siguiera pagando el baile. En mi pensamiento surgió una idea de desaparecer para que no me pusiera gorro ni tener algún otro problema.

Gris, mientras tanto, seguía con el muchacho bailando y tomando. No le dije nada de mi plan, pues ya tenía para regresarme en

taxi. De pronto vi a Nely, una vecina, que estaba ahí parada con alguien. Me acerqué a saludarla y me invitó al Laberintos. Pensé que ésa iba a ser mi salida. Le dije que sí, pero que me diera chance, pues estaba acompañada. En cuanto él se fue al baño, fui por ella. Pero me di cuenta de que ella jaló a un señor de la mano, y nos fuimos los tres. Allá, mi amiga empezó a bailar con el señor en la pista. Yo estaba sola, no había gente. Me hizo una seña para que fuera a bailar con ellos. Como era música disco, él empezó a bailar enfrente de mí. Cambiaron de música. Dijo que nos saliéramos, que si queríamos tomar algo. Pensé que a lo mejor no traía dinero, y no iba a estar de gorrón. Además, ni era mi acompañante. Nely le bailaba, ahí donde estábamos, en la mesa. A mí me daba vergüenza ver cómo le hacía al señor, pues era algo sensual, y no estaba acostumbrada a eso. Al rato, ella me dijo algo que me sorprendió mucho: “Conchis, Tali quiere que las dos vayamos con él al hotel, que nos va a pagar sesenta dólares a cada una”. Dije que aceptaba la propuesta, pero pensé hacerle lo mismo que a la otra persona, “corro al baño y me les pierdo”. Cuando íbamos saliendo, un amigo de Nely le habló, y ella luego, luego se fue con él; yo, con el señor. Salí de Laberintos de la mano. Ya en el mueble, estuvimos platicando un rato para conocernos. Tenía mucho miedo, pues era un señor que no se abría para nada, además, mal encarado. Enfrente del retrovisor estaba colgado un gafete con una foto de él, pero las letras estaban en inglés. Le pregunté qué decía. No contestó nada y me dio más miedo, sentía algo de misterio en él. Después de un rato, lo pensé y me fui con él al hotel. No quería, pero el dinero que me iba a pagar sería para comprar mandado para mis hijos. Me animé.

En el hotel pasó lo que pasó y, después de dos horas, le dije que ya me iba. Me pidió que lo acompañara más tiempo, que me pagaría más. No fue sino hasta la mañana cuando le volví a decir que ya me iba. Dijo que lo acompañara a almorzar carne asada. Le dije que no, que ya era muy tarde y mi mamá iba a estar preocupada. Me

compró un paquete de carne asada y me pagó ciento cincuenta dólares por todo. “Me fue bien”, pensé, pero cuando me despedí de él, me pidió un número de teléfono, pues quería seguir viéndome las veces que viniera de Abilene, Texas, pues él trabajaba ahí.

Cuando regresé a la casa, agarré a mis hijos y nos fuimos al mandado a Gutiérrez. Estábamos felices porque ahora sí podía comprar lo suficiente para toda la semana. Aunque, primero Dios, no me iba a dejar sola en ningún momento con mis hijos.

A la siguiente semana, cuando llegó, me habló por teléfono para que llevara a una amiga, pues él traía a un amigo. Fuimos al hotel donde se iban a hospedar, pero no los encontramos. Le dije a mi sobrina Cindy que fuéramos al Tochos, que a lo mejor ahí andaban. No estaban, pero llegaron. Le presenté mi sobrina a su amigo. Creo que se gustaron. Él era simpático y bien parecido, al contrario de Tali, que era chaparro, güero, pelón, tenía un diente separado y parecía chimuelo. Luego de haberlo conocido, cada semana venía a verme, pues decía que desde que me había visto parada en el Tochos, le había preguntado a uno de los meseros si yo trabajaba ahí, y que el mesero le contestó que nunca me había visto. Ya tenía más confianza y le fui platicando lo que pasaba conmigo y mi esposo.

Me dijo que era de Guadalajara, que su familia la tenía en Tijuana y que él trabajaba en Estados Unidos porque era ciudadano, que todavía no le arreglaba los papeles a su familia, pero que pronto lo iba a hacer. Desde ese día convivimos cada vez más. Quería conocer a mi familia. Me sugirió que comprara menudo para que le hiciera de almorzar en casa con mamá. Antes le pregunté a ella si podía, pues yo no arreglaba nada con Javier. Me dijo que sí, que lo llevara. Cuando llegamos, estaba mi hermano mayor, Raúl. Me dio miedo, pues él siempre ha sido algo especial; además, no quería que pensara mal, pues Javier se había ido a Veracruz aun teniendo familia, casa y trabajo, ¿a qué tenía que irse?

Nada justifica lo que hice, pero los tomé en cuenta a todos. Empezaron a platicar Tali y mi hermano. Después Tali mandó a mi otro hermano y a su amigo a comprar cerveza, y como mis hermanos son borrachos, ellos encantados. Aunque mi hermano mayor nada más se tomó dos caguamas, ya andaba relajando al Tali: que ya no iba a batallar para hacerme hijos, que ya los tenía, y otras cosas. Fue algo alegre, eran pocos los días en los que la familia se reunía.

Después de ese día, todos los fines de semana hacíamos algo. Cuanto más nos conocimos, sin darnos cuenta, nos fuimos enamorando. Yo de él por su sencillez, por el gran ser que es, noble e inteligente, honesto, sincero, humilde a pesar de traer tanto dinero; es una de las personas más buenas del mundo que he conocido. Creo que no hay nadie como él. En tan poco tiempo, me dio más amor, atención, dinero y muchas cosas. Con él encontré algo más que amor, encontré la vida misma, pues cuando estaba entre sus brazos me sentí plena como mujer; no podía pedir más estando a su lado.

Cuando tuvo que regresar a Tijuana, me dijo que no quería que nos separáramos, que me fuera con él, que trataría de arreglar las cosas con su esposa. Le platicué a mi mamá, pues Tali me ofrecía una mejor vida para mí y mis hijos. Tenía que arreglar todo con Javier antes de irme a Tijuana. Mi mamá me dijo que no me podía ir si ni siquiera lo conocía lo suficiente para seguirlo, que mejor no le dijera nada a Javier, que a lo mejor fracasaba y regresaba. Que a los niños los dejara, que después regresara por ellos, pues tenía que ver si era cierto lo que me decía Tali.

Me fui a Tijuana con él, después de comprar bastante mandado. Le dejé dinero a mi mamá para los niños, les compramos juguetes buenos, pues pronto sería Navidad. Pensaba que a mis hijos no les iba a faltar nada si nos íbamos a vivir a Estados Unidos. Tenía a Tali, que era alguien en quien yo había puesto toda mi confianza.

Me rentó un departamento. Me compró lo más necesario: cama, tele, estufa chica, tanque de gas, trastes, toallas, cucharas, mandado, todo lo que necesitaba. Tali me dijo que iba a hablar con su esposa, que le diera unos días. Me quedé sola en el departamento, aunque conocía a algunos de los inquilinos, pues hacía como cinco años habíamos vivido ahí Javier, mi suegro, mi cuñada y yo. Estaba bien en ese lugar.

La señora no me conoció ni ninguna de sus hijas, y para mí fue mejor. Pero empecé a sentirme mal. Unos días antes había ido a buscar trabajo en una fábrica. Conocí a unas muchachas de Chiapas, y a un muchacho gordito, el cual, para mi sorpresa, era mi concuño, esposo de la hermana de Javier. “Qué pequeño es el mundo”, pensé después de conocerlo. Me dio su número de teléfono para que le hablara; él ya no estaba con Yaneth, mi cuñada, y además a él no le importaba el motivo por el que estuviera yo en Tijuana. El día que me enfermé, le hablé a él para que me llevara al hospital, pues no iba a llamar a Tali. No quería molestarlo, y mucho menos meterlo en problemas. Confiaba en lo que él tenía que hacer.

Cuando me checó el médico, me mandó a hacer unos estudios para saber si realmente eran los riñones o alguna infección urinaria. No podía caminar mucho, pues tenía un fuerte dolor. Mandó unas inyecciones y pastillas. Las compré, pues tenía dinero, Tali me había dejado para lo que necesitara. Al otro día Tali llegó, le dije que estaba mala. Habló con su esposa de nosotros y de lo que había pasado; él no quería dejarme. Me dijo que su esposa se había salido de la casa llorando, que no quería hablar con él. Se quedó todo el día en el departamento conmigo, atendiéndome.

Como a las diez u once de la mañana, llamó por teléfono Javier, ya se había dado cuenta de todo. No me reprochó nada, me dijo: “Regrésate, te necesito conmigo”. No le contesté, porque Tali estaba a mi lado. Dije que a lo mejor me regresaba, pues estaba

enferma. Colgué y apagué el teléfono. Tali dijo: “Todavía quieres a tu esposo, lo vi en tus ojos, cómo te brillaron por él”. Aclaré que sí lo quería, mas no lo amaba.

Todo el día estuvimos haciendo el amor, pues sentíamos que pronto nos íbamos a separar. Aunque enferma, quería sentirlo dentro de mí, pues él llenaba todo mi sentir. Después hablamos. Le dije que regresara con su mujer, y yo con Javier, pues cada quien tenía su familia, que no lo conocía lo suficiente ni él a mí, y que a lo mejor no funcionaba, que yo para él iba a ser un mal.

Al otro día llegó muy temprano para comprarme mi boleto y lo que necesitara para regresarme. Me fue a dejar a la Central. Antes me llevó a comer unos camarones, que me supieron horribles, pues no tenía sabor en la boca por el medicamento y por todos los sentimientos encontrados. Lo amaba y no quería dejarlo, pero estaban Javier y mis hijos, eran muchas cosas. Él decía que cómo no nos habíamos conocido en otro tiempo, cuando nadie tenía ningún compromiso. Al terminar de comer, me llevó a tomar el autobús. Él paseaba de un lado a otro, desesperado, subía, bajaba, me tapaba, y le empezaron a rodar las lágrimas por las mejillas. Fue algo triste en verdad, pues teníamos que separarnos y decirnos adiós definitivamente, aunque nos amáramos. Me dio el último beso y yo no quería que terminara nunca. Se bajó del autobús. El chofer le dio marcha y a lo lejos lo vi todavía parado esperando que me bajara, que regresara junto a él, pero era imposible, pues Javier y mis hijos me esperaban. Fue una despedida muy dolorosa para mí, pero la vida sigue.

Los problemas siempre están

Cuando llegué a Chihuahua, se me había quitado el dolor. Llegué a Acuña en la noche, Javier fue a recogerme a la Central. Cuando lo vi, me dio muchísimo miedo, pues estaba enojado. Dijo que

quería hablar conmigo antes de irnos a la casa. Tomó mis cosas y me llevó a la plaza. Ahí hablamos. Me preguntó si iba a seguir con él. No le contesté nada, pues lo miraba y me daba cuenta de que él sentía nada más odio y rencor hacia mí, que había regresado conmigo porque quería tenerme atada. Volvió a preguntarme, y le contesté muy apenas: “Sí, voy a estar contigo”. Caminó hacia el taxi y lo seguí, pues traía mis cosas.

Llegamos a la casa. Mis hijos salieron a recibirme, pero Nallely estaba enojada conmigo y empezó a reprocharme. Aunque era muy pequeña, siempre había sido muy inteligente y se daba cuenta. Dijo que si ya no quería a su papá y que por qué los había dejado para irme con el pelón —así le decían ellos—. Fue cuando Javier les dijo: “Cállense, hijos, ustedes no son nadie para estar juzgando a su mamá”. Esa noche fue terrible para mí, pues Javier ni siquiera me habló para cenar. No obstante, era lógico que así fuera, y todavía no era nada comparado con los problemas que tenían que pasar.

Al día siguiente se fue a trabajar en el taxi. Volvió hasta las ocho de la noche, y nada más para cenar e irnos a dormir. Yo quería que nos fuéramos a nuestra casa, pero mi mamá no, pues Javier todavía no lo superaba y mi madre tenía miedo, pues él era muy agresivo.

Un día le dije que no lo quería, que era mejor que nos dejáramos definitivamente. Él agarró un cuchillo y se lo enterró en el pecho. Todos lloraban, mi mamá, mis hermanas, mi cuñada, mis hijos. Yo no, pues él sabía lo que hacía, pero una de mis hermanas me regañó. Le contesté que no le podía decir mentiras. Le hablaron a la ambulancia, pues todos estaban espantados. Lo único que les dije fue: “¿Ven? Es puro chantaje”. No le había pasado nada, sí le salió sangre, pero era mínima la puñalada, menos que una grapa, ni siquiera lo cosieron. Era para que no lo dejara.

Pasaron más cosas. Una vez quiso ahorcarse; otra, se quiso cortar con vidrios; en fin, tantas y tantas cosas. No dormía, nada más

me miraba y empezaba a preguntar sobre lo que pasó con Tali, que cómo me hacía el amor, que por qué lo llegué a amar tanto, que en dónde nos quedábamos. Yo no contestaba, pues no quería dañarlo más, pero era tan terco que sí le dije algo. Quería saber más, y era así todo el día o la noche, no dejaba de preguntarme; era algo tormentoso para los dos, pues yo todavía pensaba en Tali, y Javier, con su actitud, no dejaba que me olvidara de él.

Un día me dijo Nallely que había visto que Tita, mi sobrina de trece años, se había metido a la cama con su papá, y no sabía qué más pasó, pues se quedó dormida. Le pregunté a Javier. Me contestó que era verdad, que él había hecho eso con mi sobrina por coraje, pues tenía que desquitarse. No le dije nada por no hacer tanto pleito; y de mi sobrina, ya sabía, pues era una muchachita a la cual su mamá no le había enseñado nada, que no tiene respeto ni por ella misma. No le di importancia, pues Javier, para mí, ya no tenía nada.

Pasaron los meses y se fueron acomodando algunas cosas, como regresar a la casa, llevar a los niños a la misma escuela. Javier había encontrado trabajo en El Tapatío, como empleado de limpieza. Yo regresé a trabajar con doña Chabelita haciendo tortillas. Nos empezó a ir mejor.

Una tarde que me llevaba mi hermano Rigo a la casa, me hizo un comentario:

—¿Sabes, chaparra? Te pasas de buena.

—¿Por qué me dices eso?

—Javier anda con una muchacha y estás muy tonta, pues trabajas mucho para ayudarle y ve con qué te paga.

Me enojé, lo defendí, pues en ningún momento Javier me ha dejado sin dinero y tampoco llega tarde. Pensé que era ilógico, pues Javier no había cambiado para nada, pero cuando llegó de trabajar, le pregunté qué pasaba, que me dijera la verdad, así como yo se la había dicho. Contestó que era verdad, pero que no la quería, que iba a hablar con ella, pues le había mentado.

Al día siguiente Javier no llegó temprano a la casa. Encargué a los niños con una vecina, agarré un taxi y me fui al Tapatío, pues en días anteriores me decía que se quedaba tiempo extra. Quería verificar que fuera verdad. Pregunté por él, y uno de los patrones me dijo que había salido desde las seis. Salí enojadísima. Caminé a la esquina, pues me había dicho que la muchacha trabajaba enfrente de la casa de empeño, en la zapatería. Lo busqué como loca en un lugar y en otro. No lo encontraba y me dio mucho coraje, pues me estaba mirando la cara de tonta. Seguí buscándolo en bares y allí me encontré a Nely. No sabía cómo regresarme a la casa, pues no tenía dinero. Nely le pidió de favor a un amigo que me diera un aventón hasta la casa. Nos llevó a las dos. Cuando llegué, Javier ya estaba ahí. No le dije nada, sólo entré a la casa y me acosté. Me preguntó que dónde andaba. Contesté que lo había ido a buscar y que no lo había encontrado. Antes de que le preguntara, me dijo que había ido a hablar con la muchacha, por eso se le había hecho tarde. No dije más, me volteé y me quedé dormida.

Al día siguiente no fui a trabajar, y tampoco dejé que él fuera, pues quería hablar con él. Al poco rato, timbró su teléfono. Lo contesté. Era ella, preguntaba por qué no había ido a trabajar, refiriéndose a mi esposo. Cuando le pregunté que si era la vieja con la que andaba, la cínica todavía contestó que no era vieja, que tenía veinte años. Me dio tanto coraje, que aventé el teléfono por los suelos, tronó, me enfurecí y le dije a Javier que me llevara con ella, pues quería ponerla en su lugar.

Me llevó a la plaza y ahí la esperé. Desde que la vi, pude darme cuenta de muchas cosas. Era bonita, de buen cuerpo, pero lo que tenía de todo eso, lo tenía de vulgar, y en pocas palabras, pajuela, por cómo se vestía y se expresaba. Le pregunté qué buscaba de Javier, pues era pobre y de familia numerosa. Ahora que, si lo quería, tendría que saber a qué atenerse, pues como hombre tenía muchos defectos. En primera, era muy mujeriego, no respetaba, se metía con sus propias sobrinas, y así como a mí me iba a dejar, la

dejaría a ella, pues cuando se hacen mañosos, no paran nada más con una. Además, no me importaba, sólo quería que ella supiera que no lo tenía a fuerza. Es más, no quiso dejar que hiciera mi vida con otra persona, pero si los dos se querían, pues que siguieran adelante. Nada más que les iba a dejar algunos meses a los niños, pues yo me iría con alguien que sí valía la pena a Estados Unidos, y que, como quiera, les mandaría dinero. Javier, inmediatamente, dijo que no. Le pregunté si la quería y contestó que sí. Me dio tanta rabia que me le fui como leona. Lo agarré del cuello, le di dos rodillazos en el estómago y, con la otra mano, le quise enterrar en el cuello un lápiz que traía. La muchacha me agarró para que no se lo enterrara, le pegué un codazo y le advertí que no se metiera, pues era bronca de él y mía. Ella se fue y nos dejó discutiendo. Lo solté, agarré a los niños y caminé para tomar un taxi. Él nos siguió.

Desde ese día fue un infierno para mí, porque día y noche sentía muchos celos; iban a volverme loca. Javier quiso irse de la casa, le dije que no lo iba a dejar tan fácil, pues él no me había querido dejar para que siguiera a Tali, así que le pagaría con la misma moneda. Después de ahí, él seguía viendo a la muchacha; decía que no, pero me daba cuenta.

Un día lo seguí y no lo pude encontrar con ella. Lo volví a hacer y seguía sin encontrarlos. Le dije a mi esposo, de pura chiripa, que la muchacha lo buscaba, que no lo quería dejar por su embarazo, que el niño era de él y por eso él tampoco la quería dejar. Me preguntó que cómo sabía. Contesté que había ido con una curandera y ella me lo había dicho. “Sí está embarazada, pero no es mío.” Le dije que ya estaba hasta la madre de todo, que mejor nos dejáramos, pues ya no quería más mentiras. Se enojó como un loco, empezó a golpearme, me tumbó en el suelo, me agarró del pelo, me puso un pie en el pecho, y me soltó porque los niños lloraban. Corrí al cuarto a encerrarme, le puse un guardarropa para que no pudiera entrar, pero el niño abrió el seguro de la puerta y entró.

Me dio una cachetada, luego otra y se me hinchó el rostro. Empecé a llorar más fuerte aún, pues sentía que en ese momento Javier acababa con mi vida y con la de mis hijos, por todo lo que hizo por esa mujer; no respetó ni la presencia de nuestros hijos. Esa noche no quiso dejarme salir de la casa, y yo, por temor a que volviera a golpearme, no hice ni siquiera el intento.

Al otro día, me fui a trabajar, y después me fui a la casa de la mujer para decirle que dejara a mi esposo, si no, tendría que tomar medidas más drásticas, pues no iba a quedarme con la responsabilidad de los niños, así que a ver cómo le hacía. No lo iba a dejar por nada, hiciera lo que hiciera, no nos podría separar.

Meses después, Javier decidió no ir a trabajar, pues ya no se sentía a gusto por mis celos. Yo seguía trabajando donde mismo. Un día me dijo que se iba a Estados Unidos para juntar dinero para la quinceañera Isneira. Le pedí que no se fuera. Contestó que era algo bueno para nosotros, pues iba a ganar dinero también para casarnos, que por eso yo me sentía insegura de él y era mejor para arreglar nuestros problemas. Y si lo agarraban, también era bueno para que pudiera venir a verme Tali.

Se fue. A los dos días tuve noticias de que lo había agarrado la migra y lo sentenciaron a veinticuatro meses, porque iba con gente que llevaba droga, aunque él no. Me quedé sola con mis hijos. Seguí trabajando con doña Chabelita. Iba y venía todos los días en taxi, mientras a los niños los cuidaba mi mamá. Ella se encargaba de mandarlos a la escuela.

Un diciembre vino mi hermana Norma de Piedras Negras por la Navidad. Ese día nos dimos cuenta de que no estaba bien, por lo que le pedimos que se viniera de Piedras. Se negó porque allá le pagaban muy bien. Habló con mi hermano Miguel, en Estados Unidos, y él le dijo que se viniera, que no estuviera sola allá. Además, le encontraron un virus.

Pasó diciembre, enero y febrero, y mi mamá me dijo que fuera a Piedras por mi hermana, que un amigo de Rigo me llevaría y que

viviría en casa de Minerva. Cuando llegamos, Norma no quiso irse con ella. Me dijo que iría a mi casa, y le dije que sí, que yo no asistiría, sino con mi mamá, y en la noche nos regresábamos a dormir.

Empezaron los problemas, porque Fita era muy fea con mis hijos y les pegaba, también los corría de nuestra propia casa, y empezaron a robarme. Me callé por no tener problemas con mi hermana, pero era algo angustiante. No podía vivir ni con mi mamá ni en mi propia casa.

Aún no pasaba lo peor: encontrarme recluida en el Cereso de Acuña, Coahuila, dizque por un delito de fraude al Grupo Salinas, por la cantidad de dos millones de pesos y no sé qué otra. Lo describo así porque, en realidad, en números no sé si está bien, pero confío en mi Dios sobre todas las cosas y espero salir de este lugar pronto, pues nuestro Señor Jesucristo es recto. ¡Ay de aquellos que se vanaglorian con el dolor ajeno! Todo lo dejo en las manos de mi Dios, pues todo lo podemos en Cristo, que nos fortalece.

Agradecimientos

A mis hermanos, que siempre han creído en mí, pues estoy agradecida por su apoyo moral. A mi madre, que me dio el ser, pues en ella he tenido un apoyo incondicional toda mi vida. A mi esposo, al que nunca he dejado de amar, y a mis tesoros, que son lo más importante de mi existir, porque son los que me hacen ser valiente para seguir adelante. También quiero agradecerles a mis dos compañeras, que ahora también son mis amigas, por todo lo que en tan poco tiempo han hecho en mi vida. Los amo a todos.

Centro de Readaptación Social
Ciudad Acuña, Coahuila